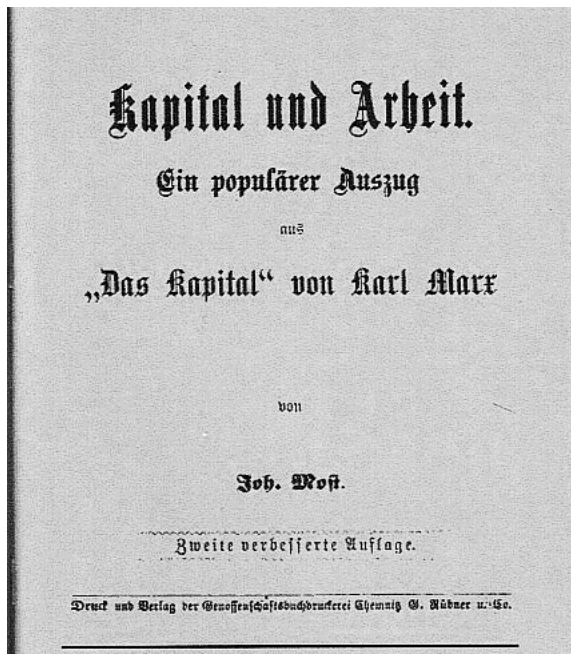


Capital y Trabajo



Johann Most: *Kapital und Arbeit. Ein populärer Auszug aus „Das Kapital“ von Marx. Zweite verbesserte Auflage*, [Chemnitz 1876].

Abgedruckt in Rolf Dlubek & Hannes Skambraks: *'Das Kapital'* von Karl Marx in der deutschen Arbeiterbewegung (1867-1878), Abriß Zeugnisse und Wirkungsgeschichte, Berlin (Ost): Dietz, 1967, S. 268-324.

Digitalización: Thomas Schmidt para Marxists' Internet Archive.

<https://www.marxists.org/deutsch/referenz/most/1876/kapital/index.htm>

Proyecto Espartaco - Noviembre 2024

En colaboración con **Materiales por la Emancipación**

<https://materialeslaemancipacion.espivblogs.net/>

Hemos empleado para esta edición la versión digitalizada por Ediciones Antorcha (la cual fue retomada de la Editorial *Extemporáneos* de 1977), y esta misma se ha sometido a revisión y correcciones en la traducción y el estilo, tomando como base la versión original en alemán.

*La reproducción de estos textos, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y alentada por los editores.
Ningún derecho reservado.*

Capital y Trabajo

Una versión popular
de «Das Kapital» de Marx (1876)

Johann Most



Nota sobre este libro

Kapital und Arbeit (Capital y trabajo) se escribió en prisión. Sólo allí encontró tiempo Johann Most para estudiar el primer tomo de *El Capital*, aparecido en 1867. Comprendió al momento que dicho libro difícilmente podía ser entendido por aquellos en cuyo interés se había escrito, y se entregó a la tarea de redactar un extracto popular (tal el subtítulo de la primera edición). El libelo apareció en Chemnitz, en 1873. Fue tan leído que rápidamente se agotó la primera edición.

Durante ese año, Wilhelm Liebknecht se enteró del libro. Marx había dicho de él una vez que siempre buscaba *representar en alguna medida el papel de mediador entre la teoría puramente comunista y la praxis*, en especial entre Marx y los trabajadores¹. No es de maravillar, pues, que Liebknecht apoyara vívidamente ese intento de hacer accesible a los lectores poco preparados La obra capital de la teoría marxista. Presentó, por tanto, el folleto a Marx y Engels y les rogó que revisaran el texto y lo reelaboraran donde fuera necesario. En el verano de 1875, poco antes de su viaje a Karlsbad y a pesar de tener deshechos los nervios², Marx se puso a la tarea, ayudándole Engels. *He debido tachar todo lo que se refería al valor, al dinero, al salario y muchas otras cosas y en su vez he añadido algo especial*, escribía un año después a Sorge³. En abril de 1876 volvía a aparecer el libelo en su segunda edición, también en Chemnitz.

La opinión de Marx y Engels sobre Most y su obra es contradictoria. En su correspondencia se encuentran muchas observaciones al respecto que en modo alguno son lisonjeras. Hablan de *borricadas, estilo estudiantil, sabihondeces, frivolidades* y hasta de *las peores estupideces*⁴ y desde el principio prohibieron que

¹ Wilhelm Liebknecht, *Karl Marx zum Gedächtnis. Ein Lebensabriss und Erinnerungen*. Nurenberg, 1896. Página 39.

² Marx a Friedrich Adolph Sorge. Carta del 27 de septiembre de 1877. MEW 34, página 294.

³ Márx a Friedrich Adolph Sorge. Carta del 14 de julio de 1876. MEW 34, página, 183.

⁴ De la correspondencia de los años setenta y ochenta. MEW 35, passim.

aparecieran sus nombres en la página titular del Extracto. Estos juicios no se han de sopesar en balanza de farmacéutico. Todo el que conoce los muchos tomos de la correspondencia sabe que los clásicos del marxismo eran también virtuosos de la injuria. No existe casi camarada alguno sobre el que, en el transcurso de los años, no cayera alguna acusación de grueso calibre. Otra ocasión se presentó con la discusión en torno a Dühring y el *Anti-Düring*, en la que Most no hizo muy buena figura, por no hablar de la orientación posterior de éste hacia el anarquismo. Y finalmente, con *El Capital*, Marx había fijado un estándar científico para la teoría socialista, ante el que debía quedar corto todo conato de popularización. Respecto a esto no era el libelo de Most lo que valía, sino la posibilidad de efectuar una sinopsis de la obra de Marx.

Por otro lado, tanto Marx como Engels recomendaron por dos veces, de manera expresa, que se llevara a la imprenta el compendio de Most. Una vez aparecida la redacción revisada por ellos, Marx expidió un ejemplar a Sorge, en Nueva York, quien cuidó de que se hiciera la traducción al inglés. (La edición en inglés, de Otto Weydemeyer, apareció en Nueva York en 1878.) Pesa todavía más el hecho de que, cuatro años después, Engels volviera aún sobre el *Extracto*, en la época en que Most hacía tiempo que pasaba ante la socialdemocracia como renegado. En julio de 1882 escribía a Hepner, en Nueva York, *que este extracto no dejaba de tener sus ventajas y podía ser impreso*⁵. Bástenos estas observaciones, pues, por lo demás, la utilidad del libro no se ha de medir por citas epistolares.

Nuestra versión sigue la tercera edición de *Kapital und Arbeit* aparecida en Nueva York en 1890 (*International Library No.2. Issued Quarterly by John Mueller*), siempre pululante de erratas desconcertantes⁶. Se tuvieron a la vista las dos ediciones de Chemnitz. En el cotejo no hubo duda alguna respecto de los pasajes en que Marx y Engels debieron añadir algo especial. Se trata de lugares centrales como se comprenderá y que en esta edición se han impreso en cursiva. Las alteraciones insignificantes que no se han podido retraer a la redacción marx-engelsiana, sino que más bien se deben a Most, no se han señalado. El *Extracto*

⁵ Engels a Adolf Hepner. Carta del 25 de julio de 1882. MEW 35, página 345.

⁶ Marx a Fredrich Adolph Sorge. Carta del 14 de julio de 1877. MEW 34, página 294.

trae su subtítulo con alguna razón, puesto que Most copió literalmente frases enteras de *El Capital* mientras que otras las parafraseó. No se ha intentado anotar esos pasajes y en su lugar, a pie de página, se ha acotado dónde se puede hallar en el original el texto exacto; de esta manera se le facilita al lector la remisión a Marx.

Las horribilísimas erratas de la edición precedente y, es de esperar, todas las demás, se han evitado aquí. Por lo demás, las enmiendas al texto de Most se reducen a los siguientes casos:

1. Las medidas, pesas y monedas en desuso se han transcrito en actuales; como sólo aparecen en ejemplos, no ha sido precisa exactitud cuantitativa, por lo que se han redondeado las cifras resultantes; así el táler aparece aquí como 20 marcos;
2. Se han sustituido algunas expresiones anticuadas por otras de uso corriente actual. Tales alteraciones corresponden sin duda a las miras del autor quien, precisamente, había procurado que todo el mundo lo pudiera entender (o pudiera entender a Marx).

Hans Magnus Enzenberger

Prefacio a la primera edición

Ya desde la aparición del sistema de producción capitalista surgió el intento de suplantarle por otro más justo y de provecho común. Ora aquí, ora allá, se oyeron voces en ese sentido, más en su mayor parte no eran sino lamentaciones parciales sobre las circunstancias imperantes, acompañadas de ensueños fantasiosos acerca de formas futuras de sociedad, proyectos que si servirían para infundir confianza y esperanza en el pueblo empobrecido y acongojado, no fueron de relevancia alguna, por lo que en consecuencia quedaron arrumbadas en el reino del olvido.

Sólo en los tiempos modernos los esfuerzos encaminados a transformar el modo de producción o la sociedad actuales ganaron terreno firme y apoyo práctico, para horror de todos los enemigos del pueblo. Es cierto que aquí y allá se presentan algunas mentes turbias o criaturas sobornadas de la reacción que todavía juegan un juego sacrílego con el pueblo engañándolo para que crea en utopías. Pero, afortunadamente, se va abriendo paso a todas vistas entre la clase obrera el conocimiento, de manera que ya no puede estar muy lejos el tiempo en que aun el más simple de los proletarios sólo se encoja de hombros, compasivamente, ante tragicómicas fantasmagorías al estilo de Lassalle; sólo *el socialismo científico* posee un futuro.

Con la aparición de *El Capital*, de Carlos Marx, el socialismo moderno se apoya en tierra firme y posee un arma invencible. Esta obra destruye todas las ilusiones optimistas, porque demuestra que ninguna sociedad puede ser concebida y realizada según planes individuales; por otro lado infunde en el ánimo del socialdemócrata clarividente la más completa confianza en la victoria, puesto que demuestra que el capitalismo lleva en su seno el germen del socialismo, o del comunismo, y que por necesidad natural de la historia y por sus propias leyes, aquél ha de parar en esto último.

El Capital, aunque sólo haya aparecido su primer tomo, ha alcanzado ya gran difusión. Con todo, aún no ha entrado por completo en la masa del pueblo obrero, pues el precio de la obra - aunque ni siquiera se corresponde con la extensión externa de la

misma, y mucho menos con la enorme cantidad de trabajo que contiene, es un obstáculo para la difusión que sería deseable en la miserable situación en la que languidecen los trabajadores. Además, la falta de instrucción del pueblo -yo, que soy proletario, debo señalarlo- impide que entiendan la obra. Es cierto que Marx se ha esforzado por escribir tan popularmente como lo permitía lo científico del tema, pero éste exige una preparación que, gracias al entontecimiento practicado sistemáticamente, no todos poseen.

Con el fin de facilitar a los obreros, a precio bajo y en forma fácilmente comprensible, siquiera el acceso a lo esencial de tan estimable obra, he aprovechado entre otras cosas mi tiempo de ociosidad forzosa para popularizar *El Capital* de manera abreviada.

Muchas cosas las he transcrito literalmente o sólo con mínimas alteraciones, en especial para evitar el uso de palabras extranjeras que no todos conocen; a veces he creído que bastaba con redactar sumariamente otros muchos temas, mientras que algunas cosas que me han parecido no esenciales las he omitido por completo. Si he prescindido de los numerosos datos que caracterizan de cerca la situación de la clase trabajadora ha sido sólo con disgusto, pero me ha obligado a hacerlo el estrecho espacio en que se ha de ceñir mi libelo, escrito con fines de agitación. Por lo demás, cada trabajador ha de saber por propia experiencia en qué situación se halla a este respecto. He dividido mi trabajo más o menos arbitrariamente, según me ha parecido que mejor se prestaba a la comprensión.

Si este folleto logra abrir los ojos a muchos, habré cumplido con mi propósito. Finalmente, no puedo dejar de encarecer a todo aquél que disponga de medios, que contribuya a la realización de la obra de Marx, lo que ojalá suceda por este medio.

Un saludo y un apretón de manos a los lectores.

Zwickau, octubre de 1873.

Johann Most

I

Mercancía y dinero

La riqueza de las sociedades, en que impera el régimen capitalista de producción, se nos aparece como un inmenso cúmulo de mercancías y la mercancía, como su forma elemental. (I, 3.).

Una cosa que se ajusta a satisfacer las necesidades humanas de alguna forma, que sirve como objeto de uso, es un valor de uso. Para convertirse en mercancía debe poseer aún otra propiedad: el valor de cambio. (I, 4.).

El valor de cambio es la relación cuantitativa, mediante la cual las cosas útiles se hacen recíprocamente iguales y, por ende, pueden cambiarse recíprocamente; por ejemplo, 300 metros de lienzo = (igual a) una tonelada de hierro. Pero, las distintas cosas poseen magnitud comparable si son de magnitud análoga; esto es, si muchas unidades o partes de la misma unidad poseen una magnitud que les es común. Por consiguiente, en nuestro ejemplo 300 metros de lienzo sólo equivaldrán a una tonelada de hierro, si lienzo y hierro expresan algo común por lo que en 300 metros de lienzo quepa tanto como en una tonelada de hierro, Una tercera, lo que es común a ambas cosas, es su valor, que cada cosa posee de por sí, independientemente de la otra. Se sigue, por tanto, que el valor de cambio de las mercancías es sólo un modo de expresión de su valor; es sólo la forma que nos revela su entidad valorativa (*Wertsein*) y de esa manera sirve de conducto de su verdadero trueque. Más tarde regresaremos a esta forma de valor; ahora atendamos a su contenido. (I, 5-16.).

El valor de las mercancías que se expresa en su valor de cambio no consiste en nada más que en el trabajo que se aplicó para su producción o que en ellas se ha objetivado. Así, pues, ha de quedar bien claro en qué sentido el trabajo es la única fuente del valor. (I, 6.)

En las sociedades no desarrolladas, el mismo hombre desempeña sucesivamente trabajos de clase muy distinta; ya cuida de los campos, ya teje, ya trabaja en la forja, ya construye, etc. Pero, por múltiples que sean sus ocupaciones, con todo son distintas maneras útiles en las que emplea: su propio cerebro, músculos,

nervios, manos, etc., por lo que -en una palabra- lo que prodiga es su propia fuerza de trabajo. Su trabajo permanece siempre gasto de fuerza -trabajo a secas-, mientras que la forma útil de ese gasto, la clase de trabajo, cambia según la utilidad que se ha propuesto. (I, 42-43.).

Con el progreso social, merman poco a poco las diversas clases de trabajo útil que ejecutaba la misma persona según un orden. Cada vez más se cambian en oficios autónomos y yuxtapuestos ejercidos por distintas personas y grupos. Mas la sociedad capitalista, en donde el productor ya desde un principio no produce para satisfacer la necesidad propia sino la ajena, para el mercado; donde su producto desde su nacimiento va destinado a fungir como mercancía y que, por tanto, a él sólo le sirve de medio de cambio; la sociedad capitalista, pues, sólo es posible si la producción pasa a ser un sistema articulado de tipos útiles de trabajo, unidades autónomas y que operan de manera yuxtapuesta, o sea, si se ha desarrollado la división social y ramificada del trabajo. (I, 42-43.).

Lo que otrora valía para un individuo que alternativamente ejecutaba distintos trabajos, se ha de aplicar ahora a esta sociedad con su división articulada del trabajo.

El carácter utilitario de cada tipo particular de trabajo se refleja en el especial valor de uso de su producto; esto es, en la peculiar transformación por la que una determinada materia natural se convierte en servible para determinadas necesidades humanas. Pero el funcionamiento autónomo de cada uno de estos tipos de trabajo útil y que cada vez se multiplican más, nada cambia del hecho de que tanto unos como otros son prodigalidad de fuerza laboral humana, y sólo mediante esta propiedad a todos común de que son gasto de energía humana forman el valor-mercancía. El valor de las mercancías no dice sino que la producción de esas cosas ha costado prodigalidad de energía laboral humana, y precisamente de energía laboral social, puesto que en la división desarrollada del trabajo, cada trabajo individual -en el sentido de gasto energético- se determina por el trabajo-promedio social, esto es, por el gasto-promedio de la energía laboral social. Cuanto más trabajo-promedio se halla objetivado en un producto tanto mayor es su valor. (1, 6.).

Si el trabajo-promedio necesario para la producción de una mercancía permaneciera constante, también quedaría inalterada la magnitud de su valor. Pero la cosa no es así, porque la fuerza

productiva del trabajo se determina por el grado promedio de habilidad de los trabajadores, por el nivel de desarrollo de la ciencia y de su aplicabilidad técnica, por la combinación social del proceso de producción, por el volumen y efectividad de los medios de producción y por las contingencias naturales; por tanto, puede ser muy diversa. Cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto menor será el tiempo laboral requerido para la confección de un artículo, la masa de trabajo en él cristalizada y tanto menos su valor. Y, viceversa, cuanto menor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto mayor será el tiempo laboral necesario para la producción de un artículo, y tanto mayor será su valor. (I, 7.).

Se entiende de por sí que aquí se habla sólo de fuerza productiva social normal, cualquiera que ella sea, y del tiempo laboral social correspondiente y necesario. El tejedor manual, por ejemplo, necesita más trabajo que el obrero textil para aprontar determinado número de metros. Pero, a pesar de todo, no genera ningún valor más alto, una vez que la máquina de tejer ha adquirido carta de nacionalidad. Más bien todo el trabajo que se aplica en mayor cantidad en el tejer a mano, que para la confección de la misma cantidad de géneros por medio de la máquina textil, constituye un gasto energético inútil y por tanto no forma valor alguno.

Las cosas que han surgido sin intervención del trabajo, como el aire, la madera del bosque, etc. pueden tener ciertamente valor de uso, más no valor. Por otra parte, no se convierten en mercancías aquellas cosas que genera el trabajo humano pero sólo se destinan a la satisfacción de las necesidades de su inmediato productor. Para que una cosa se convierta en mercancía ha de satisfacer necesidades ajenas; por tanto, ha de poseer valor social de uso. (II, 49.).

Regresemos ahora al valor de cambio, es decir, a la forma en que se expresa del valor de las mercancías. Esta forma de valor se va desarrollando cada vez más con el intercambio de los productos.

Mientras la producción se oriente exclusivamente hacia el autoconsumo, el intercambio sólo se produce en raras ocasiones y únicamente en relación con uno u otro artículo del que los intercambiadores tengan excedente. Por ejemplo, las pieles de animales se intercambian por sal, al principio en proporciones bastante aleatorias. A medida que el intercambio se repite con más frecuencia, la relación de intercambio se hace más definida, de

modo que una piel de animal sólo se intercambia por una determinada cantidad de sal. En este estadio inferior del intercambio de productos, el artículo del otro sirve a cada uno de los intercambiadores como equivalente, es decir, como cosa de valor, que como tal no sólo es intercambiable con el artículo producido por él, sino que también es el espejo en el que se revela el valor de su propio artículo. (II, 51.).

El siguiente estadio del intercambio lo encontramos aún hoy, por ejemplo, entre las tribus cazadoras de Siberia, las cuales, por así decir, sólo disponen de un artículo determinado para intercambiar, a saber, pieles de animales. Todas las mercancías foráneas que se les brindan -cuchillos, armas, aguardiente, sal- les sirven como otros tantos equivalentes de su propio artículo. La multiplicidad de expresiones que por este medio adquiere el valor de las pieles ha llevado a mantenerlo separado del valor de uso del producto, mientras que, por otra parte, la necesidad de calcular el mismo valor en un número creciente de diversos equivalentes llevó a la determinación fija de su magnitud. El trueque de pieles posee aquí, por ende, una configuración más marcada que en el trueque anterior ocasional, y estas mismas cosas poseen también, en un grado desigualmente más alto, el carácter de mercancía.

Consideremos ahora el comercio del lado de los propietarios extranjeros de mercancías. Cada uno de ellos, cuando se trata de los cazadores siberianos, ha de expresar el valor de su artículo en pellejos. Estos últimos se han convertido de tal manera en equivalente común que no sólo es cambiabile contra todas las mercancías extrañas inmediatamente, sino que frente a ellas es la expresión del valor común, y por lo mismo es medida y parámetro del valor. Con otras palabras: la piel se ha convertido, dentro de esa región, de trueque de productos en dinero. De la misma manera en general, ora esta ora aquella mercancía ha representado el papel de dinero, en círculos estrechos o amplios. Este papel pasa, con la generalización del trueque, al oro y a la plata, esto es, a clases de mercancías que mejor dotadas están por la naturaleza para este cometido. Son el equivalente general que es intercambiable directamente contra todas las demás mercancías y en el que estas últimas en conjunto expresan, miden y comparan sus valores. El valor de las mercancías expresado en dinero se denomina su precio. La cantidad de valor de 300 metros de lienzo, por ejemplo, se expresa en un precio de 4,000 marcos, si 300 metros de lienzo = 800 gramos de oro, y 4,000 marcos es el nombre crematístico de 800 gramos de oro. (II, 50.).

Como cada mercancía, el oro sólo puede expresar su propia cantidad de valor en otras mercancías. Su propio valor se determina por el tiempo laboral requerido para su producción, y se expresa en el *quantum* de los demás artículos que poseen igual cantidad de tiempo laboral. Si se lee cada una de las partidas de una lista de precios, hacia atrás, se hallará la magnitud del valor monetario expresado en todos los tipos posibles. (III, 70.).

El intercambio de productos se efectúa mediante el dinero, a través de dos procesos distintos que se complementan mutuamente. La mercancía cuyo valor va expresado en su precio se transforma en dinero y, luego, otra vez, es retransformada de su forma monetaria en otra mercancía del mismo precio; mercancía que es apropiada para el uso (requerido). Por lo que respecta a las personas que comercian, un poseedor de mercancías presenta primero sus artículos a un poseedor de dinero, los vende, trocándolos luego con otros artículos de otro poseedor de éstos, sirviéndose del dinero recabado; (es decir), compra. Se vende, para comprar. El movimiento general de la mercancía se denomina *circulación de las mercancías*. (III, 71.).

A primera vista, parece como si la cantidad de dinero corriente, en un espacio temporal, se determinara exclusivamente al través de la suma de precios de todos los artículos en existencia dispuestos unos junto a otros para la venta; mas no es así. Si, por ejemplo, cuatro vendedores distintos entregan 3 libras de mantequilla, 1 Biblia, 1 botella de aguardiente y 1 medalla militar, a cuatro compradores distintos al mismo tiempo, a 20 marcos por cabeza, para que esa transacción tenga efecto se requerirán en conjunto 80 marcos. Pero, si uno vende su mantequilla y entrega los marcos conseguidos al librero de biblias, quien por su parte compra de nuevo 20 marcos de aguardiente, y el aguardentero se hace con una medalla militar por ese precio, para que se efectúe esta circulación de mercancías, que en conjunto tienen un precio de 80 marcos, sólo se habrán necesitado 20. Lo que ocurre al por menor, sucede al por mayor. La cantidad del dinero en circulación queda fijada, sin embargo, por la suma de precios de los artículos en existencia dispuestos unos junto a otros para su venta, dividida por el número de las circulaciones contemporáneas de dichas monedas. (III, 70.).

Con el fin de simplificar el proceso circulatorio se les da nombres propios, a ciertos pesos de las cosas que se reconocen como dinero, y se acuñan según formas fijas; es decir, se convierten en moneda. (III, 83.).

Como las monedas de oro o de plata se desgastan con el uso, se les sustituye parcialmente con metales de valor inferior. Las fracciones menores de las monedas de oro más pequeñas, por ejemplo, son representadas por marcos de cobre, etc. (morralla, calderilla, moneda fraccionaria), y, por fin, se estampan como dinero cosas casi sin valor, como los billetes de papel, que representan determinadas cantidades de oro o de plata simbólicamente (figuradamente). Por último, de manera inevitable (aparece) el caso del papel moneda emitido por el Estado, con curso forzoso. (III, 84-85.).

Si se retira el oro de la circulación y se retiene, surge el atesoramiento. Quien vende mercancías, sin comprar otras, es atesorador. Entre los pueblos de producción no desarrollada, por ejemplo entre los chinos, se practica el atesoramiento tan solícitamente como sin plan; entierran el oro y la plata. (III, 88.).

También en las sociedades con sistema de producción capitalista se precisa el atesoramiento. Como la masa, el precio y la rapidez del intercambio de los artículos que se hallan en circulación están sometidos a continuas mutaciones, su curso exige ya sea menos o más dinero. Se precisan, por tanto, reservorios (receptáculos) adonde desagüe el dinero (que sale de la circulación) y de donde se tome, para que entre a la misma, según sea la necesidad. La forma desarrollada de tales canales de suministro y de desagüe del dinero, o cámaras del tesoro, son los bancos. (III, 91-92.).

Tanto más necesarias se vuelven esas instituciones, en la sociedad burguesa desarrollada, cuanto menos se efectúe el ciclo mercantil Mercancía-Dinero-Mercancía, en relación con el dinero, en forma directamente comprensible. Dejando de lado propiamente el pequeño comercio, el dinero funciona más bien preferentemente como dinero aritmético y, en última instancia, como medio de pago. Compradores y vendedores se convierten en deudores y acreedores. Las relaciones de débito se refrendan por certificados, mediante los cuales las diferentes personas que participan en la *circulación de las mercancías*, ya sea comprando o vendiendo, equiparan las sumas que recíprocamente se deben. Sólo las diferencias se borran de tiempo en tiempo por dinero propiamente dicho. Si en este proceso se inserta un paro, surge lo que se denomina crisis de dinero, que se hace sensible porque todos desean dinero contante y nada quieren saber del ideal (o aritmético). (III, 92 y 95.).

De especial importancia para el comercio mundial son los reservorios de tesoros, pues el dinero mundial aparece por lo regular en forma de barras de oro y de plata. (III, 99.).

II

Capital y trabajo

Sólo se puede hablar de capital en la sociedad que produce mercancías, en la que existe la circulación de las mismas (es decir) en la que se practica el comercio. Sólo bajo este presupuesto histórico puede surgir el capital. La biografía moderna del capital data de la creación del comercio y mercado mundiales modernos, en el siglo XVI. (IV, 103.).

Históricamente, el capital empieza enfrentándose en todas partes con la propiedad inmueble en forma de dinero, bajo la forma de patrimonio-dinero, de capital comercial y de capital usurario. El dinero considerado como dinero y el dinero considerado como capital no se distinguen, de momento, más que por su diversa forma de circulación. (IV, 103.).

Junto a la forma inmediata de circulación de las mercancías: vender para comprar (Mercancía-Dinero-Mercancía), nos encontramos con otra forma de circulación: comprar para vender (Dinero-Mercancía-Dinero). Aquí el dinero juega ya el papel de capital. Mientras que en la circulación simple de mercancías, a través del dinero, se intercambian mercancías contra mercancías, en la circulación acumulativa lo que se intercambia es dinero contra dinero, a través de la mercancía. (IV, 103-104.).

Si por este medio se quisiera cambiar dinero contra igual cantidad de dinero, por ejemplo, 100 marcos contra 100 marcos, se trataría de un proceso totalmente insulso; sería mucho más sensato conservar de antemano los 100 marcos. Pero tal trueque sin propósito no se practica nunca, sino que se intercambia dinero contra más dinero; se compra para vender más caro. (IV, 104.).

En la circulación simple de mercancías se elimina de la circulación tanto la primera mercancía, como la última que salió, (porque) se consumen. Cuando, empero, es el dinero el que constituye el punto de arranque y el final de la circulación, entonces el dinero que aparece por último puede comenzar de nuevo; siempre el mismo movimiento; sólo existirá capital mientras se proceda así. Ahora bien, el poseedor de dinero que permite que su dinero recorra esta clase de curso es capitalista. (IV, 104-105.).

El valor de uso, por tanto, jamás lo maneja el capitalista como meta inmediata: así como tampoco la simple ganancia, sino el incesante movimiento de la ganancia. Este impulso absoluto de enriquecimiento, esta caza apasionada del valor de cambio, es común tanto al capitalista como al atesorador; aunque mientras éste no pasa de ser un capitalista loco, aquél es atesorador inteligente. (IV, 109.).

En el capital comercial es patentísima la tendencia de comprar para vender más caro; sólo el capital industrial posee la misma tendencia. (IV, 111.).

Se suele creer que la plusvalía se origina en que los capitalistas venden sus artículos sobre su valor propio. Los mismos capitalistas que venden, deberán comprar a su vez y tendrían que pagar, asimismo, las mercancías por sobre de su valor, de manera que, si tal suposición fuera atinada, la clase de los capitalistas jamás podría alcanzar su meta. Si abstraemos de la clase y contemplamos ahora a los capitalistas individuales, nos resulta lo siguiente: un capitalista, por ejemplo, puede muy bien cambiar vino por el importe de 800 marcos contra grano por importe de 1000 marcos, de modo que en la venta gane 200 marcos. La suma en sí de los valores de estas dos mercancías es, antes lo mismo que después, de 1800 marcos; lo que se altera es exclusivamente su distribución. Si uno hubiera hurtado al otro directamente 200 marcos nada habría cambiado. La guerra es un robo, el comercio una estafa, dice Franklin. Por consiguiente no es así como surge la plusvalía. Tampoco el usurero que directamente intercambia dinero por más dinero genera plusvalía alguna, (por más que) extraiga valor existente del bolsillo ajeno y lo introduzca en el propio. Así, pues, por mucho que se estafen mutuamente los capitalistas, la compraventa por sí sola no crea plusvalía. Más bien se crea fuera de la esfera de la circulación y sólo se realiza, se plasma, dentro de ella. (IV, 114-119.).

El dinero no tiene cobertura y las mercancías no se multiplican por sí mismas, por mucho que cambien de manos. Por tanto, algo debe ocurrirle a la mercancía después de ser comprada y antes de ser vendida de nuevo para que aumente su valor. Debe consumirse en la estación intermedia. (IV, 120.).

Ahora bien, para que el poseedor de dinero pueda extraer valor de cambio del consumo de su mercancía, ha de encontrar en el mercado un artículo que posea la maravillosa propiedad de transformarse en valor al tiempo de su consumo, o sea, cuyo consumo sea creación de valor. Y, de hecho, en el mercado encuentra

el poseedor de dinero dicha mercancía: la fuerza de trabajo. (IV, 120.).

Entendemos por fuerza o capacidad de trabajo el conjunto de las condiciones físicas y espirituales que se dan en la corporeidad, en la personalidad viviente de un hombre y que éste pone en acción al producir valores de uso de cualquier clase. (IV, 121.).

Para que un hombre pueda poner a la venta su propia fuerza de trabajo, ha de poder disponer antes que nada de ella; ha de ser individuo libre. Más para poder permanecer tal, siempre ha de venderla temporalmente. Si la vendiera toda de un golpe, se convertiría de libre en esclavo; de poseedor de mercancía, en ésta. (IV, 121.).

El hombre libre está constreñido a llevar al mercado su propia fuerza de trabajo como mercancía, cuando está fuera de la posibilidad de vender otras mercancías en las que ya esté objetivado su trabajo. Si alguien quiere encarnar su trabajo en artículos, ha de poseer medios de producción (materias primas, útiles, etc.) y, además, medios de vida de los que pueda alimentarse hasta que venda su producto. Si está privado de tales cosas, le es imposible en cualquier caso producir y no le queda para la venta más que su propia fuerza de trabajo. (IV, 122.).

Para convertir el dinero en capital, el poseedor de dinero tiene, pues, que encontrarse en el mercado, entre las mercancías, con el obrero libre; libre en un doble sentido, pues de una parte ha de poder disponer libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía y, de otra parte, no ha de tener otras mercancías que ofrecer en venta; ha de hallarse, pues, suelto, sin atadura y libre de todos los objetos necesarios para realizar por cuenta propia su fuerza de trabajo. (IV, 122.).

En todo caso no se trata de una relación que se pueda asentar en las leyes naturales, pues la tierra no produce por un lado poseedores de dinero y de mercancías, y por el otro, puros poseedores de fuerza de trabajo. Esta relación ha sido producto del desarrollo histórico y de toda una serie de transformaciones económicas y sociales. (IV, 123.).

La mercancía fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía, posee un valor, que se determina por el tiempo laboral necesario para la producción -(si es preciso), también para la reproducción- del artículo. El valor de la fuerza de trabajo es igual, por tanto, al valor de los medios vitales necesarios para la conservación de su poseedor. Se ha de entender aquí por conservación,

naturalmente, conservación durable, que comprende la procreación. Así se determina el valor de cambio de la fuerza de trabajo; su valor de uso se manifiesta sólo por el consumo de la misma. (IV, 125.).

El gasto de la fuerza de trabajo, lo mismo que el de cualquier otro artículo, se efectúa fuera del ámbito de la circulación de las mercancías. Por lo mismo tenemos que dejar a esta última, para seguir al poseedor de dinero y al poseedor de fuerza de trabajo hasta el recinto de la producción. Aquí se verá no sólo cómo produce el capital, sino también cómo es producido éste. (IV, 128.).

Hasta aquí sólo hemos visto traficar entre sí a personas libres, iguales, en una palabra, de la misma categoría, las cuales disponen de lo suyo según su arbitrio; que compran y venden. Pero al apartarnos de nuestro lugar actual de observación y al seguir a las personas que comercian a su taller de producción, observaremos cómo se alteran las fisonomías de las mismas. El antiguo poseedor de dinero abre la marcha convertido en capitalista, y tras él viene el poseedor de la fuerza de trabajo, transformado en obrero suyo; aquél, pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo ajetreado; éste, tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propia piel y sabe la suerte que le aguarda: que se la curtan. (IV, 129.).

III

El fundamento de la producción capitalista

El uso de la fuerza de trabajo es el trabajo mismo. El comprador de la fuerza de trabajo la consume haciendo trabajar a su vendedor. (V, 130.).

El proceso laboral consiste, antes que nada, en que el hombre transforma las materias de la naturaleza según sus miras. Las materias de la naturaleza existen ya primordialmente. Cuanto el hombre no hace más que desprender de su contacto directo con la tierra los objetos de trabajo que la naturaleza brinda al hombre. Por el contrario, cuando el objeto sobre el que versa el trabajo ha sido ya, digámoslo así, filtrado por un trabajo anterior, lo llamamos materia prima. A los primeros pertenece, por ejemplo, el mineral desprendido de su roca; a los segundos, el mineral ya desprendido cuando se funde. (V, 131.).

Los medios de trabajo son aquellas cosas que el hombre emplea para la elaboración de los objetos de trabajo. Tales medios de trabajo pueden ser puro producto natural o esconder en sí ya trabajo humano. Medio común de trabajo es y será la misma tierra. (V, 131.).

El resultado del proceso laboral es el producto. Los productos pueden salir del proceso laboral en diversas formas. Pueden servir exclusivamente para el consumo o sólo como medios de trabajo o como materia prima (a medio fabricar), que requiere de ulterior elaboración, o pueden servir de diversas maneras, como por ejemplo, la uva, que puede ser un medio de consumo o la materia prima del vino. Cuando los productos se emplean para la generación de otros productos, se transforman en medios de producción. Regresemos ahora, después de estas aclaraciones generales al proceso de producción capitalista. (V, 134.).

Una vez que el poseedor de dinero ha comprado medios de producción y fuerza de trabajo, hace que ésta consuma aquéllos, es decir, los cambia en productos. El obrero consume asimismo los medios de la producción, cuando cambia su forma. Resultado de este proceso son los medios de producción reconformados, en

los que, durante su transmutación, se ha introducido -se ha objetivado- nuevo trabajo. (V, 137.).

Estas cosas transformadas, los productos, no pertenecen a los obreros que las han generado, sino al capitalista, puesto que no sólo ha comprado los medios de producción, sino la fuerza de trabajo, y ha hecho fermentar, por así decir, los primeros mediante la adición de esta última. El trabajador juega aquí sólo el papel de un medio de producción automático. (V, 137.).

El capitalista fabrica artículos no para su propio uso casero, sino para el mercado; por tanto, (fabrica) mercancías. Pero con esto no ha sido servido. Le satisfará fabricar géneros cuyo valor es más elevado que la suma del valor de los medios de producción y fuerza de trabajo que se ha requerido en su fabricación; en breve, lo que desea es plusvalía. (V, 138.).

La obtención de la plusvalía es propiamente el resorte único que espolea al poseedor de dinero a transformar éste en capital y a producir. ¡Contemplemos ahora cómo se recaba esta meta! (V, 138.).

Como se ha señalado ya, el valor de cada artículo se fija por el tiempo de trabajo requerido para su producción; debemos, por tanto, diluir la mercancía producida por el capitalista en el tiempo de trabajo que se le ha incorporado. (V, 138.).

Supongamos que la materia prima necesaria para la fabricación de un artículo cuesta 60 marcos y que cuanto se va en medios de trabajo asciende a 20 marcos; supongamos, además que esos 80 marcos representan el producto valorativo de dos días de trabajo de doce horas; resulta, pues, que antes que nada en el artículo listo hay objetivados dos días de trabajo. Pero la materia prima y los medios de trabajo no se convierten en artículos por ellos mismos, sino sólo por mediación del trabajo. Se ha de ver, por ende, cuánto tiempo laboral corresponde al supuesto proceso productivo. (V, 138-139.).

Supongamos que duró sólo seis horas y que se precisan exactamente seis horas para sustituir el valor de la fuerza laboral empleada. El valor dial de la fuerza de trabajo se determina por el valor de los artículos diariamente gastados, ya sea para su preparación ya sea para su conservación. Si su preparación costara seis horas laborales, sustituiremos el valor dial de la fuerza de trabajo por seis horas; lo que expresaremos, según nuestra suposición de arriba, en un precio de 20 marcos. En el producto listo entrarán

en total dos días laborales y medio, o sea que su precio total importará 100 marcos, de los cuales 20 los tendrá que aportar el propio capitalista, pues 80 corresponden a la materia prima y a los medios de trabajo y 20 son de fuerza de trabajo. Se ve claro que así no brota ninguna plusvalía, lo que no le conviene al capitalista. Él quiere la plusvalía y si no, no entra en el asunto. La materia prima es inexorable y lo mismo los medios de trabajo; contienen tal y tal cantidad de tiempo laboral y poseen su valor fijo, que ha de pagar el capitalista, pero no se incrementan. Queda todavía la fuerza laboral comprada. El capitalista procura que el obrero necesite diariamente tanto para vivir cuanto se pueda fabricar en seis horas, o sea, medios de vida al precio de 20 marcos. Pero no procura que la fuerza laboral comprada sólo se aplique durante seis horas, sino que hace más bien porque sean doce las horas de operación, o sea, un tiempo que, en nuestro caso, produce un valor de 40 marcos. El rompecabezas se resuelve. Veíamos que, dentro de seis horas, con 60 marcos de materia prima y 20 de medios de trabajo, y mediante la fuerza laboral que, igualmente, costaba 20 marcos, se transformaba un producto que valía 100 marcos, o sea, que contenía dos días y medio de trabajo. Sin dar a la fuerza de trabajo más de 20 marcos, el vivo del capitalista se las compone para que dicha fuerza trabaje no seis, sino doce horas; hace que en ese tiempo se emplee materia prima no por 60 marcos, sino por 120, y no medios de trabajo por 20, sino por 40 marcos, y de esa manera consigue un producto en el que se han objetivado cinco días laborales y que a la vez vale 200 marcos. (Esta vez) ha desembolsado sólo: 120 marcos en materia prima; 40, en medios de trabajo y 20 en fuerza laboral; en total, 180 marcos. Por tanto, ahora el producto acabado contiene 20 marcos de plusvalía. (V, 142-145.).

Se ve, pues, que la plusvalía sólo puede surgir si la fuerza laboral se aplica en un grado más elevado que el necesario para la sustitución de su propio valor. Más claro: la plusvalía brota de trabajo no pagado. (V, 145.).

Para saber hasta qué grado la fuerza de trabajo genera plusvalía es preciso dividir en dos partes el capital desembolsado en la producción. De esas partes, una está compuesta de materia prima y de medios de trabajo, y la otra consiste en la fuerza de trabajo. Supongamos, por ejemplo, que en la producción se emplean 100 mil marcos, de manera que 82 mil se gasten en materia prima y en medios de trabajo, y 18 mil en fuerza laboral, y que el producto listo importa un valor de 118 mil marcos; se diría que se crea una plusvalía del 18% si se piensa que la plusvalía ganada

surge de todo el capital desembolsado. Ahora bien, los 82 mil marcos de materia prima y de medios de trabajo han quedado inalterados por lo que hace a su valor; sólo su forma se ha convertido en otra. La fuerza laboral, empero -por la que se adelantaron 18 mil marcos- durante la aplicación de la materia prima y de los medios de trabajo ha añadido a éstos un valor de 36 mil marcos, creando con ello una plusvalía de 18 mil marcos. Por lo tanto, el capitalista ha obtenido de la fuerza laboral una plusvalía del cien por ciento, puesto que los costos de creación de ésta se han sustituido por duplicado, habiéndose conservado ella sólo una vez, o sea que durante la mitad del tiempo laboral se ha desperdiciado en vano. (VII, 160.).

¡Los capitalistas y sus profesores pueden retorcerse como quieran, hablar de «salarios de privación», «riesgo», etc., etc., pero todo es en vano! El material y los medios de trabajo siguen siendo lo que son y no crean ningún valor nuevo por sí mismos; es la fuerza de trabajo y sólo la fuerza de trabajo la que es capaz de generar plusvalía.

IV

La jornada de trabajo

Siempre y cuando las demás condiciones de producción no varíen, la jornada de trabajo necesaria, para que el trabajador sustituya el valor o precio de su fuerza laboral, que le ha comprado el capitalista, posee una magnitud limitada por ese mismo valor. Dicha magnitud asciende, por ejemplo, a seis horas si la producción de los medios de vida cotidianos del obrero, calculados por término medio, exige seis horas laborales. Según eso, pues, si el trabajo excedente que rinde la plusvalía al capitalista dura 4, 6,... horas, toda la jornada laboral ascenderá a 10, 12,... horas. Cuanto más se alargue el trabajo excedente, más larga será la jornada laboral en estas circunstancias. (VIII, 177.).

Sin embargo, el trabajo excedente y con él la jornada laboral se pueden extender hasta ciertos límites exclusivamente. Por ejemplo, al igual que un caballo sólo puede trabajar una media de 8 horas al día, una persona sólo puede trabajar una determinada cantidad de tiempo al día. No sólo hay que tener en cuenta las condiciones físicas, sino también las morales. No se trata sólo de cuánto tiempo necesita el hombre para dormir, comer, asearse, etc., sino también de qué necesidades mentales y sociales debe satisfacer, lo que viene determinado por el estado cultural general de una sociedad. Sin embargo, los límites impuestos a la jornada laboral son tan flexibles que pueden convivir jornadas de 8, 10, 12, 14, 16, 18 e incluso más horas. (VIII, 178.).

En todo caso, la jornada laboral ha de ser más breve que un día natural de 24 horas; pero hay que preguntarse, ¿cuánto?

Al respecto el capitalista tiene su propia opinión al respecto. Como capitalista, él no es más que el capital personificado. Su alma es el alma del capital. Y el capital no tiene más que un instinto vital: el instinto de acrecentarse, de crear plusvalía, de succionar la mayor masa posible de trabajo excedente con su componente constante, los medios de producción. El capital es trabajo muerto que no sabe alimentarse, como los vampiros, más que chupando trabajo vivo, y que vive más cuanto más trabajo

vivo chupa. El capitalista compra la fuerza de trabajo como una mercancía. Su afán, como el de todo comprador, es sacar el mayor provecho posible del valor de uso de su mercancía. Pero, de pronto, se alza la voz del obrero, diciendo al capitalista algo que suena así: La mercancía que te he vendido, dice esta voz, se distingue de la chusma de las otras mercancías en que su uso crea valor, más valor del que costó. Por eso, y no por otra cosa, fue por lo que tú la compraste. Lo que para ti es explotación de un capital, es para mí estrujamiento de energías. Para ti y para mí no rige en el mercado más ley que la del cambio de mercancías. Y el consumo de la mercancía no pertenece al vendedor que se desprende de ella, sino al comprador que la adquiere. El uso de mi fuerza diaria de trabajo te pertenece, por tanto, a ti. Pero hay algo más, y es que el precio diario de venta abonado por ella tiene que permitirme a mí reproducirla diariamente, para poder venderla de nuevo. Prescindiendo del desgaste natural que lleva consigo la vejez, etc., yo, obrero, tengo que levantarme mañana en condiciones de poder trabajar en el mismo estado normal de fuerza, salud y diligencia que hoy. Tú me predicas a todas horas el evangelio del ahorro y la abstención. Perfectamente. De aquí en adelante voy a administrar mi única riqueza, la fuerza de trabajo, como un hombre ahorrativo, absteniéndome de toda necia disipación. En lo sucesivo, me limitaré a poner en movimiento, en acción, la cantidad de energía estrictamente necesaria para no rebasar su duración normal y su desarrollo sano. Alargando desmedidamente la jornada de trabajo, puedes arrancarme en un solo día una cantidad de energía superior a la que yo alcanzo a reponer en tres. Por este camino, lo que tú ganas en trabajo lo pierdo yo en sustancia energética. Una cosa es usar mi fuerza de trabajo y otra muy distinta desfaltarla. Calculando que el periodo normal de vida de un obrero medio, que trabaje racionalmente, es de treinta años, tendremos que el valor de mi fuerza de trabajo, que tú me abonas un día con otro, representa uno sobre trescientos sesenta y cinco por treinta, o sea, $1/10950$ de su valor total. Pero si dejas que la consumas en diez años y me abones $1/10950$ en vez de $1/3650$ de su valor total, resultará que sólo me pagas $1/3$ de su valor diario, robándome, por tanto, $2/3$ diarios del valor de mi mercancía. Es como si me pagases la fuerza de trabajo de un día, empleando la de tres. Y esto va contra nuestro contrato y contra la ley del cambio de mercancías. Por eso exijo una jornada de trabajo de duración normal y, al hacerlo, sé que no tengo que apelar a tu corazón, pues en materia de dinero los sentimientos salen sobrando. Podrás ser un ciudadano modelo, pertenecer acaso a la *Liga de Protección de los Animales* y hasta

vivir en olor de santidad, pero ese objeto a quien representas frente a mí no encierra en su pecho un corazón. Lo que parece palpar en él son los latidos del mío. Exijo, pues, la jornada normal de trabajo y, al hacerlo, no hago más que exigir el valor de mi mercancía, como todo comprador. (VII, 178-180.).

Como se ve, el capitalista y el trabajador apelan ambos a la ley del cambio de mercancías; (pero) sólo la fuerza puede decidir cuándo se trata de reivindicar derechos contrapuestos. Por eso, en la historia de la producción capitalista, la reglamentación de la jornada de trabajo se nos revela como una lucha que se libra en torno a los límites de la jornada; lucha ventilada entre el capitalista universal, o sea, la clase capitalista, de un lado, y de otro el obrero universal, o sea, la clase obrera. De los informes de los inspectores de fábricas ingleses se infiere que para los fabricantes no hay medio que sea demasiado pequeño o demasiado malo, cuando se trata de saltarse o de infringir las leyes que norman el tiempo laboral. Con verdadera hambruna se echan sobre cada minuto que pueden arrebatarse, tanto que los propios inspectores lo califican de *raterías de minutos*. Los informes correspondientes son verdaderamente horripilantes. Los comisarios de la salud hablan en general de que, si no se imponen barreras fijas al abuso de explotación del capital, sobrevendrá un estropeo general, corporal y espiritual. (VIII, 187.).

Al capitalista le vendría de maravilla si se conviniera en que la jornada de trabajo fuera de 24 horas, como lo testimonia el sistema de turnos de día y noche. El capital no se pregunta por la duración de la vida de la fuerza de trabajo; lo que le interesa es sólo y exclusivamente cuál es el máximo de fuerza laboral que se puede hacer líquida por día. Sin duda ha de tener alguna sospecha de que esta conducta criminal acarreará algún final espantoso, pero piensa que ese final no acaecerá tan presto. Todos los que especulan con acciones saben que algún día tendrá que estallar la tormenta, pero todos confían en que estallará sobre la cabeza del vecino, después de que ellos hayan recogido y puesto a buen recaudo la lluvia de dinero. El capital es, pues, despiadado con la salud y la vida del trabajador, a menos que la sociedad le obligue a ser considerado. (VIII, 212.).

Desde mediados del siglo XIV hasta finales del XVII, se alargó por vías legales la jornada laboral a los trabajadores de Inglaterra; al menos igual derecho tiene ahora la sociedad para acortar la jornada de trabajo. (VIII, 212.).

Según estaban las cosas antes de la época de la gran industria, por lo que respecta al tiempo laboral, se infiere por ejemplo que todavía hacia fines del siglo pasado (Siglo XVIII), había quejas de que muchos obreros sólo trabajaban cuatro días por semana. Un ferviente precursor de la tiranía del capital propuso en 1770 que se erigiera una casa de trabajo, que fuera una casa de terror en la que se trabajara doce horas diarias, y adonde fueran los que cayeran en la beneficencia pública. Entonces una institución que tuviera una jornada de doce horas de trabajo se consideraba como *casa de terror*, mientras que sesenta y tres años después, cuando por fuerza estatal se rebajó el tiempo laboral a doce horas en cuatro ramas fabriles, si se trataba de muchachos de trece a dieciocho años, surgió entre los capitalistas una tormenta de furor. (VIII, 218.).

La lucha por el acortamiento de la jornada de trabajo se llevó a cabo obstinadamente entre los trabajadores de Inglaterra desde 1802. Durante treinta años lucharon en vano, vale decir; si bien es cierto que lograron estipular cinco leyes fabriles, nada había en ellas que garantizara su aplicación forzosa. Sólo después de 1833 fue implantándose poco a poco el día normal de trabajo. (VIII, 219.).

En primer lugar se limitó el trabajo de los niños y de las personas menores de dieciocho años. Rugieron los fabricantes contra tales leyes, más luego, como su oposición no tuvo éxito, idearon sistemas formales para infringirlas.

Desde 1838, el clamor de los obreros fabriles en pro de la jornada normal de trabajo de diez horas fue cada vez más alto y general. En 1844, se limitó también a doce horas la jornada de trabajo de las mujeres mayores de dieciocho años, prohibiéndoseles el trabajo nocturno. El trabajo de los niños menores de trece años se rebajó, al mismo tiempo, a un total de seis y media a siete horas. Se previno (?) e impidió cuanto se pudo que se eludieran las leyes, como que las mujeres o los niños tomaran sus comidas en los locales de trabajo. (VIII, 223.).

La limitación del trabajo de las mujeres y de los niños tuvo, como secuela, que en general, sólo se trabajara doce horas en las fábricas sujetas a esas reglas obligatorias. La ley fabril del 8 de julio de 1847 estipuló que la jornada laboral de las personas de trece a dieciocho años y de todas las obreras fuera de once horas, pero que a partir del 1° de mayo de 1848 la jornada sería de diez horas. Aquí estalló entre los capitalistas una auténtica revuelta.

Como la deducción de primas, etc., no doblegaron a los trabajadores a que reclamaran la *limitación de su libertad*; como todas las tretas imaginables, para hacer imposible el control, no surtieron efecto, se quebrantó la ley abiertamente. No fue raro que los tribunales, compuestos de capitalistas, dieran la razón a sus hermanos, a pesar de las palpables infracciones de la ley. Por fin, uno de los cuatro tribunales más altos declaró que el tenor de la ley carecía de sentido. (VIII, 224-5, 231.).

Finalmente, a los obreros se les acabó la paciencia; tomaron una actitud tan amenazadora que los capitalistas tuvieron que ajustarse a una transacción, la cual se puso en vigor con la ley fabril adicional del 5 de agosto de 1850. Fue así como concluyó de una vez por todas el sistema de relevos. (VIII, 232.).

De ahora en adelante, la ley fue rigiendo paulatinamente la jornada laboral, aunque continuaron fuera de ellas, a pesar de todo, significativas categorías de trabajadores. (VIII, 234-235.).

Mientras que en Inglaterra, cuna de la producción capitalista, la jornada normal de trabajo iba ganando terreno paso a paso, en medio de la oposición enfurecida de los capitalistas y por la resistencia más admirable de los operarios, en Francia nada se movía a este respecto, hasta que la Revolución de Febrero de 1848 trajo de un golpe la jornada normal de trabajo de doce horas para todos los trabajadores. En los Estados Unidos de Norteamérica, la lucha por la jornada normal de trabajo empezó sólo después de la abolición de la esclavitud. El Congreso Obrero General de Baltimore propuso el 16 de agosto de 1866 una jornada normal de trabajo de ocho horas, y desde entonces se luchó por ella casi sin interrupción, aunque con poco éxito. El mismo año, el Congreso Obrero Mundial (de Ginebra) demandaba también la jornada de ocho horas. (VIII, 239-240.).

Si una forma social socialista acepta reivindicaciones vitales más altas para los trabajadores, no puede limitar tampoco la jornada laboral al tiempo imprescindible para la reproducción de los medios de vida necesarios. Pero en ella los productores trabajarán sólo para sí mismos, no para el poseedor de materias primas capitalista y para el aristócrata ocioso. La jornada se reducirá de manera incomparable con la sociedad actual, porque trabajará toda persona capaz, porque en la economía capitalista hay inevitable desperdicio de fuerza y porque, con la formación por los cuatro costados del trabajador, la dinámica productiva del trabajo social tomará un impulso hasta ahora insospechado.

V

La división del trabajo

Si se paga el valor íntegro de la fuerza de trabajo y no se le descuenta nada, como hacen siempre que pueden los capitalistas, queda, con un tamaño dado de la jornada laboral, más allá del período de tiempo utilizado para reponer este valor, sólo un número fijo de horas en las que se puede producir plusvalía. Para aumentar el plus-trabajo, es decir, la plusvalía, en tales circunstancias, hay que acortar el tiempo de trabajo necesario para el mantenimiento de la fuerza de trabajo, lo cual sólo puede hacerse aumentando la productividad del trabajo, es decir, permitiendo al trabajador producir la misma cantidad de alimentos en menos tiempo. (X, 251.).

En las ramas de actividad que producen los alimentos necesarios, o los medios de producción requeridos para su fabricación, el aumento de la productividad del trabajo no sólo disminuye el valor de los artículos suministrados, sino también el valor de la fuerza de trabajo, ya que está regulado por esta última. En todas las demás ramas de la economía, el precio de la fuerza de trabajo disminuye, al menos relativamente, es decir, en comparación con el precio de las mercancías producidas por ella, durante todo el período que la competencia requiere para reducir gradualmente estas mercancías a su nuevo valor, disminuido por el aumento de la productividad del trabajo. Es, pues, el impulso irresistible y la tendencia constante del capital aumentar la fuerza productiva del trabajo para aumentar el valor de la mercancía y, al aumentar el valor de la mercancía, aumentar el valor del propio trabajador. (X, 253.).

Para evitar confusiones, me gustaría señalar aquí que no es necesario ajustarse a términos monetarios. En el presente casi todas las mercancías son más baratas que nunca, en especial la mercancía *fuerza de trabajo*; ahora bien, el precio de las mercancías se expresa a la inversa en el dinero: está más alto que nunca. ¡Apariencias! Pues eso son, porque el valor del dinero ha descendido asimismo extraordinariamente. (X, 256-257.).

En la producción capitalista, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo tiene como finalidad acortar la parte de la jornada durante la que el obrero trabaja para sí mismo, con el fin de alargar de este modo la otra parte de la jornada, durante la cual tiene que trabajar gratis para el capitalista. X, 258.).

Pasaremos ahora a la consideración de métodos de producción especiales por los que se alcanza este resultado.

Tal método de producción es, en primer lugar, la cooperación. Esta exige que capitales más o menos considerables se hallen en manos de empresarios industriales, capitales que se desarrollarán de por sí mediante la operación de distintos jornaleros con un maestro.

La fuerza de producción de todos los que trabajan en conjunto se aumenta mediante la concentración en el espacio y por la actividad simultánea de sus fuerzas individuales, con lo que se abaratan los medios de producción. (Un taller para cien operarios cuesta significativamente menos que cincuenta talleres para dos obreros. Considérese lo mismo de los almacenes y demás locales, así como de las diversas herramientas.) (XI, 262.).

La cooperación otorga al capitalista el papel de director, que en sus manos adquiere un carácter despótico que se acentúa tanto más cuanto más grandiosamente se aplica la cooperación. (XI, 267 -268.).

La división del trabajo dentro del taller proviene de una cooperación simple, que marca el periodo de manufactura.

Otro caso es cuando se reúne en un solo local de trabajo a obreros manuales de distintos oficios, como por ejemplo, armadores, herreros, cerrajeros, guarnicioneros, barnizadores, etc., con el fin de alistar un producto común, digamos, un carruaje. (XII, 272.).

Lo que antaño fue una clase de trabajo efectuado diversificadamente por cada una de estas labores manuales independientes, finalmente se ha transformado en una división de trabajo ex profeso para la exclusiva fabricación de un carruaje. O bien se hace que muchos operarios de la misma manufacturera, por ejemplo, de la fabricación de agujas, trabajen simultáneamente en el mismo local, de manera que las distintas partes de obreros fabrican determinadas secciones del producto, que es lo que se denomina trabajar *mano con mano*. Este método de trabajo, como se sabe, ha hecho que en algunas ramas de la producción

el trabajo de conjunto se haya distribuido en centenares de partes, con lo que se ha elevado considerablemente la productividad. (XII, 273.).

Con esa división del trabajo no sólo se ahorra mucho tiempo que antes se empleaba en el paso de una operación parcial a otra, sino que la constante igualdad del trabajo permite llegar a una agilidad y rapidez del trabajador increíbles. (XII, 276.).

Asimismo, este sistema productivo lleva a que, en vez de emplearse herramientas que son utilizadas por distintos operarios, aparezcan otras que sólo sirven para cometidos muy especiales y por lo mismo son mucho más aptas y aligeran el trabajo, a la vez que elevan su productividad. Con esto, la manufactura crea una de las condiciones materiales para el empleo de la maquinaria, que no es más que una combinación de instrumentos simples. (XII, 277.).

Dado que en la fabricación las diferentes partes de un producto son realizadas por otros tantos tipos de trabajadores, pero cada parte no requiere la misma cantidad de mano de obra, naturalmente hay que utilizar más trabajadores para hacer una parte y menos para hacer la otra. Cuantos más trabajadores se congregan en una industria, tanto más fácil será lograr la proporcionalidad adecuada. Esta es una de las bases para realizar una concentración del capital lo más voluminosa posible. (XII, 280.).

En el periodo del artesanado, ya existen algunas máquinas simples, especialmente para aquellas tareas que requieren un gran esfuerzo, como por ejemplo, la trituración de trapos en las fábricas de papel en la producción de papel, pero la maquinaria específica del período industrial sigue siendo el trabajador total combinado con muchos tipos de sub-trabajadores. (XII, 282.).

De los trabajadores individuales unos despliegan más fuerza, otros más habilidad y otros más concentración mental, capacidades para las que cada uno está dotado específicamente. El obrero colectivo, por el contrario, posee todas las propiedades que se precisan para los distintos trabajos parciales y aplica cada una de ellas mediante un órgano exclusivamente destinado para cada uno de ellos. (XII, 283.).

Los costos de la capacitación de los operarios manufactureros son siempre menores que con los manuales, por lo tanto el valor de la fuerza de trabajo desciende en el caso de la manufactura frente al trabajo manual, y se eleva la explotación del capital. (XII, 284-285.).

Con miras de complementación examinemos aún aquí la relación entre la división del trabajo según la manufactura y en la sociedad. Si nos fijamos en el trabajo mismo, podemos considerar la división de la producción social en sus grandes sectores, la agricultura, la industria, etc., como división del trabajo en general, la clasificación de estos sectores de producción en categorías y subcategorías como división del trabajo en particular, y la división del trabajo establecida dentro de un taller como división del trabajo en el caso concreto. La base de todo régimen de división del trabajo un poco desarrollado y condicionado por el intercambio de mercancías es la separación entre la ciudad y el campo. (XII, 285.).

La división del trabajo dentro de la manufactura artesanal presupone la existencia de una división del trabajo socialmente ya desarrollada; por otro lado, la división social del trabajo se desarrolla aún más con la división existente dentro de la manufactura fabril. (XII, 287.).

La diferencia entre estas dos clases de división del trabajo estriba principalmente en que cada rama industrial autónoma produce mercancías, mientras que los obreros parciales de la manufactura no producen mercancías, sino que son los productos de su trabajo, común, exclusivamente, los que se transforman en mercancías. La división del trabajo en el sistema industrial supone la autoridad incondicional del capitalista sobre hombres que son otros tantos miembros de un mecanismo global de su propiedad; la división social del trabajo enfrenta a productores independientes de mercancías que no reconocen más autoridad que la de la competencia, la coacción que ejerce sobre ellos la presión de sus mutuos intereses. Es muy característico que los más ardientes defensores del sistema industrial no sepan decir nada más molesto contra la organización general del trabajo social, que tal organización transformaría a toda la sociedad en una fábrica. (XII, 289-290.).

Bajo las leyes gremiales, en las que se determinaba con precisión el número máximo de oficiales que un maestro podía emplear, al igual que toda la actividad de los gremios individuales, no podía darse una división del trabajo similar a la de una fábrica; por el contrario, ésta es una creación muy específica del modo de producción capitalista. (XII, 292.).

Cuanto más se desarrolla la división del trabajo en la manufactura, tanto más unilateral será la capacitación de la fuerza laboral del operario individual, de manera que ésta sólo se vuelve

productiva -por así decir- cuando el capitalista la compra y la sitúa en su lugar apropiado; el trabajador individual se vuelve incapaz de producir algo, descendiendo a pertenencia del taller del capitalista. Así como el pueblo elegido llevaba escrito en la frente que era propiedad de Jehová, de igual manera la división del trabajo estampa al obrero manufacturero con un sello que lo estigmatiza como propiedad del capitalista. Más aún, este método de trabajo acarrea, en mayor o menor grado, el desgaste espiritual o corporal de los trabajadores. Este último se manifiesta en toda una serie de enfermedades profesionales; el anterior, en una languidez espiritual común, en la falta de energía e incluso en la estupidez absoluta. (XII, 294-295.).

La manufactura fabril, cuya base técnica es la habilidad manual, aunque esté combinada, permanece, pero suministra por sí misma las máquinas mediante las cuales se revoluciona fundamentalmente el modo de producción y surge así la industria en gran escala. (XII, 301.).

VI

La gran industria

En el artesanado, la revolución operada en el régimen de producción tiene como punto de partida la fuerza de trabajo; en la gran industria, el instrumento de trabajo. En vez de herramientas de uso manual aparecen aquí las máquinas. (XIII, 302.).

Toda maquinaria un poco desarrollada se compone de tres partes sustancialmente distintas: el mecanismo de movimiento, el mecanismo de transmisión y la máquina-herramienta o máquina de trabajo. La máquina motriz es la fuerza propulsora de todo el mecanismo. Esta máquina puede engendrar su propia fuerza motriz, como hace la máquina de vapor, la máquina de aire caliente, la máquina electromagnética, etc., o recibir el impulso de una fuerza natural como la rueda hidráulica del salto de agua, las aspas del molino de viento, etcétera. El mecanismo de transmisión, compuesto por volantes, ejes, ruedas dentadas, espirales, fustes, cuerdas, correas, comunicaciones y artefactos de la más diversa especie, regula el movimiento, lo hace cambiar de forma cuando es necesario, transformándolo por ejemplo de perpendicular en circular, lo distribuye y transporta a la maquinaria instrumental. Estas dos partes del mecanismo que venimos describiendo tienen por función comunicar a la máquina-herramienta el movimiento por medio del cual ésta sujeta y modela el objeto trabajado. De esta parte de la maquinaria, de la máquina-herramienta, es de donde arranca la revolución industrial del siglo XVIII. Y es aquí donde tiene todavía su diario punto de partida la transformación constante de la industria manual o manufacturera en industria mecanizada. (XIII, 303-304.).

Si observamos un poco de cerca la máquina-herramienta, o sea, la verdadera máquina de trabajo, vemos reaparecer en ella, en rasgos generales, aunque a veces adopten una forma muy modificada, los aparatos y herramientas con que trabajan el obrero manual y el obrero de la manufactura, con la diferencia de que, en vez de ser herramientas en manos de un hombre, ahora son herramientas mecánicas, engranadas en un mecanismo. Ya la

máquina de hilar más antigua rompió a hilar desde el primer momento con doce a dieciocho husos; el telar de hacer medias trabaja con muchos miles de agujas a la vez, etc. (XIII, 305.).

Como primer paso, las máquinas-herramienta fueron movidas por hombres, luego fue más común emplear caballos, etc. y más raro que se usara la fuerza del inconstante viento, pero cada vez fue más general la aplicación del agua. También el empleo de la fuerza hidráulica trajo aparejadas distintas dificultades que sólo se superaron mediante la invención de la máquina de vapor. Con ésta, la ubicación de la fábrica ya no estaba ligada al lugar, a la corriente o caída de agua viva. El grado de energía, hasta ahora dependiente de las circunstancias naturales existentes, quedó sometido por los cuatro costados a la regulación del hombre, y además, en adelante, se pudieron accionar con la misma máquina motriz el aparato de transmisión por voluminoso que fuera y las más numerosas máquinas-herramienta (XIII, 306-307.).

La fábrica puede ser de dos clases: o bien posee muchas máquinas-herramienta iguales, de las cuales cada una produce todo el artículo, o bien encierra un sistema de maquinarias con distintas máquinas, de las cuales cada una alista una parte del producto, de manera que éste ha de recorrer las distintas máquinas antes de estar pronto. (XIII, 308.).

Como sistema orgánico de máquinas de trabajo movidas por medio de un mecanismo de transmisión impulsado por un autó-mata central, la industria maquinizada adquiere aquí su fisonomía más perfecta. La máquina simple es sustituida por un monstruo mecánico cuyo cuerpo llena toda la fábrica y cuya fuerza diabólica, que antes ocultaba la marcha rítmica, pausada y casi solemne de sus miembros gigantescos, se desborda ahora en el torbellino febril, loco, de sus innumerables órganos de trabajo. (XIII, 311-312.).

Las máquinas en un primer tiempo fueron fabricadas por trabajadores manuales y artesanos, más pronto tal manera de producir resultó insuficiente y entonces fueron las máquinas las que produjeron máquinas. (XIII, 312-314.).

La transformación de los medios de producción operada por la gran industria alcanzó también a los medios de comunicación y de transporte. Surgieron ferrocarriles, vapores, telégrafos, y así sucesivamente. (XIII, 313-314.).

El capital se apropia todos los descubrimientos e inventos, casi sin costo alguno. Lo que el capitalista ha de invertir para la explotación de la ciencia es sólo un aparato que, aunque costoso es, empero, mucho más barato que la antigua cantidad de herramientas. (XIII, 316.).

La parte de valor que pierde la maquinaria por su desgaste pasa al producto. Por lo mismo, esta parte de valor (perdido) resulta menor en la producción mecanizada, comparada con la (que se pierde en la) manual, porque se reparte entre una masa mucho mayor de productos, a la par que los medios de trabajo se emplean de manera más económica y son de material más duradero. (XIII, 319.).

El trabajo que se ahorra mediante el empleo de maquinaria tiene que ser mayor que el requerido para su producción. Por tanto, la productividad de la máquina se mide por el grado de trabajo humano que economiza. Con una máquina de hilar, por ejemplo, se hila en ciento cincuenta horas de trabajo (sumado el tiempo laboral de los operarios de la máquina) tanto como en 25 mil horas de labor con la rueda de hilar. (XIII, 320.).

La maquinaria, al hacer inútil la fuerza del músculo, permite emplear obreros sin fuerza muscular o sin un desarrollo físico completo, que posean, en cambio, una gran flexibilidad en sus miembros. El trabajo de la mujer y del niño fue, por tanto, el primer grito de la aplicación capitalista de la maquinaria. De este modo, aquel instrumento gigantesco creado para eliminar trabajo y obreros, se convertía inmediatamente en medio de multiplicación del número de asalariados, colocando a todos los individuos de la familia obrera, sin distinción de edad ni sexo, bajo la dependencia inmediata del capital. Los trabajos forzados al servicio del capitalista vinieron a invadir y usurpar no sólo el lugar reservado a los juegos infantiles, sino también el puesto del trabajo libre dentro de la esfera doméstica y a romper con las barreras morales, invadiendo la órbita reservada incluso al mismo hogar. (XIII, 323-324.).

El valor de la fuerza de trabajo no se determina ya por el tiempo de trabajo necesario para el sustento del obrero adulto individual, sino por el tiempo de trabajo indispensable para el sostenimiento de la familia obrera. La maquinaria, al lanzar al mercado de trabajo a todos los individuos de la familia obrera, distribuye entre toda su familia el valor de la fuerza de trabajo de su jefe. Lo que hace, por tanto, es depreciar la fuerza de trabajo del individuo. Antes, el obrero vendía su propia fuerza de trabajo,

disponiendo de ella como individuo formalmente libre. Ahora, vende a su mujer y a su hijo; se convierte en esclavista. (XIII, 324.).

Cuáles son los perjuicios que causa el trabajo de las mujeres lo demuestra la circunstancia de que, por cada 100 mil niños menores de un año de los distritos mejor acomodados de Inglaterra sólo mueren 9 mil mientras que en los peores, o sea, en los industriales, son 25 a 26 millos que fallecen. Y es que las mujeres no pueden cuidar de sus hijos y en vez del pecho les dan brebajes perjudiciales y para dormirlos artificialmente les proporcionan narcóticos. (XIII, 326.).

Al abrir las puertas de las fábricas a las mujeres y los niños, haciendo que éstos afluayan en gran número a las filas del personal obrero combinado, la maquinaria rompe por fin la resistencia que el obrero varón oponía aún, dentro del artesanado, al despotismo del capital. Los obreros van siendo esclavizados cada vez más. (XIII, 331.).

Las máquinas se desgastan no sólo a consecuencia de su uso, sino que también la influencia de los elementos las echan a perder, aunque no se hagan trabajar. (Además), toda máquina perfeccionada deprecia la menos mejorada, según sea el volumen y efectividad de dicho perfeccionamiento; por lo que el capitalista se ve obligado a sacar provecho de su maquinaria en el menor tiempo posible; es decir, extrae en dicho espacio de tiempo todo el tiempo laboral que puede. Con esto no sólo se protege de desventajas, sino que recaba a la vez ventajas sustanciales. (XIII, 332-333.).

La prolongación de la jornada de trabajo, sea que se alargue sin más, sea que se le dé el nombre de *horas extras* tiene la ventaja, para los capitalistas, de que obtienen más mercancías, además de que pueden deducir mayor plusvalía, sin que, por otra parte, tengan que incrementar el capital desembolsado en edificios y maquinaria. (XIII, 333.).

Durante el tiempo en que la maquinaria de una rama de la producción sólo la poseen unos cuantos capitalistas, disfrutan éstos de un monopolio y, naturalmente, hacen muy buenos negocios; pero en cuanto se generaliza la instalación de esas máquinas, el monto de la plusvalía dependerá de los obreros empleados contemporáneamente y del grado en que se les explote. He ahí por qué tanto afán del capital por ampliar la jornada de trabajo. (XIII, 334.).

Si el empleo que hace el capitalista de la maquinaria por una parte prolonga la jornada laboral y empuja a una cantidad de nuevas energías (mujeres y niños) al servicio de la producción y por otra convierte de continuo en *superfluos* a trabajadores, genera (en total) tal sobrepoblación que su competencia devalúa el precio de la fuerza de trabajo. (XIII, 335.).

La maquinaria que permite al trabajador producir más en menos tiempo, en manos del capital fue medio para prolongar desmedidamente la jornada de trabajo. En cuanto la sociedad, amenazada en su raíz vital, implantó por ley la jornada normal de trabajo, el capital se esforzó por explotar lo más posible la fuerza del trabajo; es decir, que obligó al obrero a volverse tan activo en tiempo más breve como no lo hubiera podido ser en espacio más largo. (XIII, 336-337.).

¿Cómo se logró ese propósito? A través de diversos métodos entre los que están determinados modos de retribución, como por ejemplo el destajo, que sirven de palanca. (XIII, 338.).

Entre los trabajadores de Inglaterra se observó que, si se acortaba el tiempo de trabajo, en general ocurría una capacidad mayor para el rendimiento. Se creyó en un principio, en las fábricas donde la actividad del trabajo se determinaba por la maquinaria, que era imposible elevar la intensidad de la fuerza de trabajo mediante el acortamiento del tiempo laboral, pero las consecuencias vinieron a enseñar que se trataba de una suposición equivocada. Con el acortamiento de la jornada de trabajo, en parte se incrementa la rapidez de la maquinaria y en parte se asigna a cada obrero mayor radio de vigilancia (sobre la maquinaria). Ambas cosas se consiguen introduciendo mejoras y modificaciones en la maquinaria. (XIII, 339.).

Marx demuestra con cifras que, en Inglaterra, tras el acortamiento por ley de la jornada laboral, la fuerza de trabajo del obrero individual se ha ejercido hasta tal punto que al cabo de pocos años el número de obreros empleados ha disminuido considerablemente en proporción al colosal aumento y expansión de las fábricas. De este modo se ha exprimido mucho más trabajo de cada obrero que antes, es más, la presión se ha hecho gradualmente tan escandalosa que los obreros sólo han visto en una nueva reducción de la jornada laboral un medio de salvación contra su consumo demasiado rápido y ahora ya han luchado por una jornada laboral de 9 y 8 horas aquí y allá. (XIII, 340 y ss.).

VII

Resultados del sistema fabril desarrollado

Mientras que en el artesanado existía todo un escalafón de trabajadores de distinta habilidad, en la fábrica desaparecen esas desigualdades; en ella sólo hay, en general el trabajador medio que se distingue exclusivamente por la edad y el sexo y, por lo tanto, por el grado de fuerza corporal; así que no es remunerado por su habilidad particular. (XIII, 347.).

La fábrica emplea esencialmente dos clases de operarios: quienes están de hecho ocupados con las máquinas (a éstos pertenecen los que vigilan las máquinas de vapor, etc.) y los peones, que son quienes alimentan las máquinas (en su mayoría niños). Entre estas dos divisiones está el personal que se dedica a controlar y reparar la maquinaria, como los ingenieros, los mecánicos, etc. (XIII, 347.).

Mientras que en el artesanado el trabajador tenía que utilizar una herramienta toda su vida, ahora la fábrica le condena a servir a una máquina durante el resto de su vida. La maquinaria se utiliza abusivamente para convertir al propio obrero, desde la infancia, en parte de una máquina parcial. De esta manera no sólo se disminuyen los costos de la implantación de la fuerza de trabajo, sino también su precio, a la par que la dependencia del obrero respecto del capitalista alcanza su cima más alta. Al convertirse en un autómatas, el instrumento de trabajo se enfrenta como capital, durante el proceso de trabajo, con el propio obrero; se alza frente a él como trabajo muerto que domina y absorbe la fuerza de trabajo viva. (XIII, 349-350.).

En la fábrica queda consumado el divorcio entre trabajo manual y espiritual; está el obrero manual y el capataz. Impera una disciplina de cuartel, un régimen despótico. El capitalista se impone como monarca absoluto, con mando sobre distintos oficiales (directores, jefes de departamento, etc.), y la generalidad, los trabajadores, tienen que obedecer callando. El látigo del capataz de esclavos deja el puesto al reglamento penal del vigilante. Como es lógico, todas las penas formuladas en este código se traducen en multas y deducciones de salario; el ingenio legislativo del Licurgo fabril se las arregla de modo que la infracción de sus

leyes sea más apremiante para el capitalista que su cumplimiento de las mismas. (XIII, 350-351.).

Este no es el único lado malo de la fábrica; el trabajador sale perjudicado por innúmeras maneras: la temperatura alta, el estruendo, el polvo dañan en alto grado todos los órganos sensoriales, por no hablar del constante peligro para la vida en que se mueve el obrero, como lo demuestran los incontables accidentes que ocurren todos los años. En tales circunstancias, la producción capitalista no sólo se convierte en medio de explotación, sino en un robo organizado de espacio, de luz, de aire y de medios personales de protección contra los procesos de producción malos e insalubres, y no hablemos de los aparatos e instalaciones para comodidad del obrero. ¿Tiene o no razón Fourier cuando llama a las fábricas *presidios atenuados*? (XIII, 352-353.).

¡Y qué sufrimientos no han de aguantar los obreros cuando una nueva rama de ocupación pasa del sistema artesanal o manufacturero al fabril! O se trata de un paso lento, y entonces el trabajo manual trata de hacer la competencia al ejecutado con máquinas, o sobreviene rápidamente y deja en la calle, de golpe, a una multitud de trabajadores. En el primer caso hay toda una clase de trabajadores que tiene que luchar a brazo partido contra la muerte por hambre durante decenios, como ocurrió con los tejedores algodoneros ingleses al principio de este siglo (XIX) (entre los tejedores de Sajonia, Silesia, Bohemia y de otros lados, se desarrolla actualmente la misma tragedia); en el segundo caso mueren de hambre hasta miles. Entre 1834-35 escribía así el gobernador de la India Oriental, donde la introducción de las máquinas tejedoras de algodón inglesas desplazó súbitamente a los productos locales fabricados a mano: la miseria reinante no encuentra apenas paralelo en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores algodoneros hacen blanquear las llanuras de la India (XIII, 357.).

Cada mejora de la maquinaria pone en la calle a una porción de hombres o los desbanca por mujeres, y a éstas por niños. Para hacer imposible toda resistencia por parte de los trabajadores y consolidar su esclavitud, el capital se ha entregado ininterrumpidamente a hacer superflua, con nuevas máquinas, la habilidad de los mismos. (XIII, 358-359.).

Por eso no es de extrañar que durante mucho tiempo los obreros lucharan fanáticamente contra las máquinas, las condiciones básicas de la fábrica, y a menudo las consagraran a su destrucción. (Su error estuvo sólo en que no se percataron de las ventajas

que las máquinas, en sí y por sí, son para la humanidad y de que su único mal estriba en las tergiversadas relaciones de apropiación imperantes que permiten a unos cuantos manejar esos instrumentos para su exclusivo provecho.) (XIII, 362-363, 366.).

Debido a la enorme y repentina capacidad de expansión del sistema fabril y a su dependencia del mercado mundial, alternan de manera natural la producción frenética y la saturación de los mercados con artículos comunes. En consecuencia, las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores son muy volátiles. (XIII, 375.).

Excepto en los periodos en que el negocio es particularmente favorable, arreceja entre los capitalistas una lucha encarnizada por el mercado, que se lleva a cabo con el arma del mayor abaratamiento posible de las mercancías. Si el perfeccionamiento de las máquinas no logra reducir costos, entonces de nuevo es el obrero quién pagará las consecuencias: el precio de su fuerza de trabajo disminuye. (XIII, 378.).

La mayoría de las veces, la introducción de maquinaria en una rama mercantil trae como consecuencia inmediata que se reduzca el número de operarios, mientras que en otras ramas de actividad que adquieren materias primas para ella o procesan sus productos, el número de trabajadores aumenta. (XIII, 378.).

Además del trabajo manufacturero y fabril, existe también el llamado *trabajo doméstico* [*Hausarbeit*], un tipo de trabajo en el que la explotación del trabajador se lleva a cabo de la manera más frenética. Debido a su dispersión, los trabajadores domésticos son mucho menos resistentes que los empleados en fábricas y talleres. Además, suelen trabajar con herramientas obsoletas, y diversos agentes se interponen entre ellos y los capitalistas y los chupan hasta dejarlos secos. (XIII, 385.).

Paulatinamente, sin embargo, el trabajo doméstico suele transformarse, por regla general, en trabajo manufacturero y éste en trabajo de fábrica. La jornada laboral normal impuesta por ley obligatoria lo socava, ya que sólo es sostenible junto al trabajo fabril si se explota al trabajador ilimitadamente. (XIII, 385.).

Las leyes fabriles han hecho surgir numerosos inventos que no sólo permiten empezar y parar el trabajo de repente, como exige una jornada normal, sino que han flexibilizado todo el proceso de producción. Por ejemplo, en las alfarerías, en las imprentas de papel pintado, en las fábricas de fósforos, etc. (XIII, 392.).

Suele fijarse una fecha para la entrada en vigor de tales leyes, y los propietarios de las fábricas aprovechan el período intermedio para emplear a los proletarios de la ciencia en idear nuevos inventos, de modo que al mismo tiempo que entra en vigor la ley o la jornada laboral más corta, se introducen facilidades que pueden reportar al capitalista más beneficios que las anteriores. (XIII, 397.).

Por lo general, los capitalistas más pequeños no pueden seguir el ritmo de los más grandes en este aspecto y, por lo tanto, perecen. La consecuencia es una concentración constante del capital. (XIII, 399.).

Es la naturaleza vampiresca del capital la que hace que éste ponga el grito en el cielo a cada nueva ley fabril y declare, mientras le sea posible, que es absolutamente inaplicable, hasta que por fin se implanta. Sin embargo, la legislación fabril es producto del todo natural del capitalismo, cuya propia subsistencia continuada la requiere. (XIII, 402.).

Hay que recordar que muchas de estas leyes pueden eludirse fácilmente y que, de hecho, se eluden en innumerables casos, que todavía se toman pocas disposiciones para la salud de los trabajadores y la educación de los niños, y que todavía hay un gran número de males de los que la legislación fabril no se ocupa. (Marx piensa aquí preferentemente en Inglaterra; en la mayoría de los demás países el obrero puede ser explotado casi sin traba alguna). (XIII, 402.).

Como se sabe, en tiempos del trabajo artesanal y gremial se procuraba tenazmente que el sistema de producción de las mercancías no sufriera alteraciones. Lo contrario ocurre en la gran industria que no reconoce como definitiva forma alguna de proceso productivo, antes bien que continuamente revoluciona todas las ramas de la producción. (XIII, 407.).

No sólo se sustituye sin cesar las máquinas más viejas por otras nuevas, sino que existe una metamorfosis permanente de la división social del trabajo. (XIII, 407.).

Si la generalización de la legislación fabril se ha hecho inevitable como medio físico y mental de protección de la clase obrera, también generaliza y acelera, como ya se ha indicado, la transformación de los procesos de trabajo dispersos a escala minúscula en procesos de trabajo combinados a gran escala, la concentración del capital y el propio régimen fabril. Destruye todas las

formas antiguas y transitorias tras las que aún se oculta parcialmente el dominio del capital y las sustituye por su dominio directo e indisimulado. De este modo generaliza también la lucha directa contra este dominio. (XIII, 410-411.).

La transformación de la agricultura a través de la gran industria no conlleva para los obreros las desventajas físicas inherentes al trabajo fabril, pero los hace tanto más « superfluos » sin crearles ninguna otra utilidad. (XIII, 422.).

En la órbita de la agricultura es donde la gran industria tiene una eficacia más revolucionaria, puesto que destruye el reducto de la sociedad antigua, el campesino, sustituyéndolo por el obrero asalariado. De este modo, las necesidades de transformación y los antagonismos del campo se nivelan con los de la ciudad. (XIII, 422.).

Cuanto más se industrializa la agricultura, más decisivamente se explota no sólo al trabajador, sino también la tierra. Por tanto, el modo de producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso de producción social socavando simultáneamente las fuentes de toda riqueza: la tierra y el trabajador. (XIII, 423 y 424.).

VIII

El salario

El artículo que recibe del trabajador el capitalista es determinada cantidad de trabajo, por la que él paga determinada cantidad de dinero, lo mismo que por determinadas cantidades de cualquier otro artículo, como por toneladas de hierro; por metros de paño, por quintales de trigo, etc. El dinero que, por su parte, recibe el trabajador en pago parece sustituir también, como ocurre con los demás productos, el valor o precio de la mercancía suministrada, o sea, el valor o precio del trabajo. A ese dinero se le llama, pues, retribución por el trabajo (*Arbeitslohn*, salario). Si se considera con qué fijeza se adhieren a la mente humana representaciones que se han originado inmediatamente en los procesos del trato diario y que pasan por verdades evidentes, se comprenderá sin dificultad por qué capitalistas, obreros, economistas políticos, lo mismo que los socialistas, jamás hacen la pregunta: ¿existe realmente el valor o precio del trabajo, es decir el salario, que no es más que el *recubrimiento de plata* (*Versilberung*) de ese supuesto valor o precio?

Nuestro lector sabe ya que el salario no es más que una pura forma aparente, una expresión tergiversada del equivalente que se paga no por el valor o precio del trabajo, sino por el valor o precio de la fuerza laboral; pues, de hecho, es propiamente la fuerza laboral la única que tiene valor, porque también ella es producto del trabajo, ya que su producción y conservación cuesta trabajo. Se ha de entender bien claro que los fiscales, policías y soldados, todos juntos, no prestan a la sociedad servicio tan grande como el que presta esta forma: el salario.

Como hemos visto, el trabajador recibe exclusivamente un permiso para trabajar, por tanto para vivir, cuando efectúa trabajo forzoso para los capitalistas, ya que todo trabajo que un hombre tiene que prestar a otro hombre de balde, sea por el flagelo del hambre sea por el peligro de ser apresado por vagabundeo, por naturaleza es trabajo forzado y demuestra que ese hombre se halla en relación de pertenencia a otros hombres particulares o a una clase determinada de otros hombres; es decir que

de hecho es esclavo y no libre. Veamos ahora cómo este hecho queda disfrazado con la forma usual del salario.

Volvamos a nuestro ejemplo anterior, según el cual el obrero debe trabajar 12 horas diarias, en primer lugar 6 horas para ganarse la vida, es decir, para reponer el valor diario de su fuerza de trabajo que le paga el capitalista a razón de 20 marcos - en segundo lugar 6 horas para proporcionar al mismo capitalista una plusvalía de 20 marcos. Si ahora el valor diario o el precio diario de su fuerza de trabajo de 20 marcos se expresa como el valor o el precio de su trabajo diario, entonces 20 marcos representa el salario de dos horas de trabajo, es decir, un salario que corresponde exactamente al valor de esta cantidad de trabajo, ni un céntimo por encima ni por debajo. Aparentemente, por lo tanto, el trabajador no ha hecho ni un minuto de su trabajo en vano. Se ha borrado toda huella de su trabajo forzado y, por tanto, de su relación de servidumbre. Y eso no es todo. Si el trabajo, en lugar de ser creador de valor, es en sí mismo una cosa de valor, no puede, como cualquier otro medio de producción, añadir al producto en cuya producción se consume más valor del que él mismo posee, es decir, en nuestro caso no más que el valor de 20 marcos. Los otros 20 marcos, que se añaden al producto y va a parar al bolsillo del capitalista como plusvalía, no puede, bajo esta condición, proceder de las doce horas de trabajo del obrero, que ya ha sido remunerado en todo su valor por el salario de 20 marcos: Debe provenir de otra fuente, ya sea de la misteriosa autotefecundación del capital o del trabajo hercúleo del capitalista, y en este caso sólo sería otro nombre para su propio salario. (XVII, 448-452.).

En el trabajo feudal la situación es palpable. Tantos y tantos días trabajará el siervo para sí y tantos y tantos tendrá que realizar trabajo forzado. En el trabajo de los esclavos hasta aquella parte del tiempo laboral, en que el esclavo no hace más que reponer el valor de su propia subsistencia, aparece como no pagado. Así como en este último caso la relación de propiedad en que se halla el esclavo solapaba lo que trabajaba para sí, en el trabajo asalariado queda oculta la gratuidad del trabajo del jornalero debido a la relación monetaria. (XVII, 452.).

Una vez se ha penetrado en el secreto del valor o precio del trabajo y, por ende, también en el secreto del salario, se hace posible expresar incluso en esa figura trastocada cuáles son las leyes que determinan el valor o precio de la fuerza de trabajo. Las dos clases principales de salario son salario por tiempo y salario por piezas (destajo). Como la fuerza laboral siempre se vende por

determinado lapso, el salario toma a su vez la figura de jornal, de salario semanal, etc. En el salario por piezas (a destajo), en cambio, parece que el trabajo no se paga por su cantidad, sino por su relación con el producto con él obtenido. (XVIII, 455.).

En el salario por tiempo el llamado *precio justo del trabajo* se calcula tomando como unidad la hora, o sea dividiendo el jornal entre el número de horas de la jornada de trabajo. De no proceder así se llega a resultados errados. Si, por ejemplo, un trabajador labora durante diez horas y otro durante doce diariamente, pero ambos perciben veinte marcos, su jornal es igual, no así el precio de su trabajo, pues uno gana dos marcos por hora, mientras que el otro sólo percibe 1.66 marcos. (XVIII, 455.).

Donde se sigue el salario por horas puede surgir una situación peligrosa para los trabajadores. El capitalista puede desear que hoy se trabajen muchas horas y mañana pocas, de manera que unas veces se produzca sobrefatiga mientras que otras no se gane el suficiente salario para poder cubrir las puras necesidades alimenticias. (XVIII, 457.).

Cuando la jornada de trabajo es de determinada duración pero se le añaden además las llamadas horas extras, lo que es muy común, todo el jornal, incluida la paga por las horas extras, no llega a cubrir el valor diario de la fuerza de trabajo, y a veces se queda corto. (XVIII, 457.).

Cuanto mayor es la jornada de trabajo (inclúyanse o no como parte del mismo las horas extras), tanto menor es el salario. Cuanto más produzca un obrero, menos trabajadores se requerirán para producir determinada cantidad de mercancías y la oferta de fuerza laboral aumentará, disminuyendo su precio. En las ramas donde la jornada de trabajo es excepcionalmente larga y el capitalista, por tanto, extrae ganancias insólitas, tanto por la dilatación del trabajo excedente como por la reducción de los salarios, paulatinamente descienden a su vez los precios de los productos debido a la competencia; razón por la cual los capitalistas combaten con redoblada tenacidad que se vuelva a una jornada más corta y se eleven los salarios. (XVIII, 458.).

El salario por piezas (trabajo a destajo) no es más que la forma transfigurada del salario por tiempo, aunque la apariencia sea de que, en este sistema de salarios, el precio del trabajo se determina por la cantidad del producto entregado. Al fijar el salario por piezas se pregunta siempre: ¿cuánto tiempo dura la jornada usual de trabajo? ¿Cuántas piezas apronta en ese tiempo un obrero de diligencia y pericia medianas? ¿A cuánto monta, en

esas circunstancias el salario diario? Supongamos que, por ejemplo, por término medio un solo trabajador produce en una jornada de doce horas veinte piezas de una mercancía, recibiendo por ello un jornal de veinte marcos; según esto, la tarifa por pieza es de un marco, y por veinte piezas, veinte marcos. El trabajador no saca ventaja alguna de esta forma de remuneración, no así el capitalista, según bien sabe. (XIX, 462-463.).

Mientras que en el salario por tiempo es posible que el trabajador a veces produzca menos mercancías que las obtenibles por término medio, lo que se presta a que el operario -hablando en lenguaje de capitalistas- *estafe* al capitalista, en el trabajo por piezas ha de aprontar, en todo caso, determinada cantidad de productos para cobrar determinado salario. Respecto de la calidad de los artículos ocurre lo mismo; todos ellos han de ser de determinada calidad. Reparos a los artículos y reducción de la remuneración están muy correlacionados en el destajo y se aplican por parte de los capitalistas bajo la forma de timo. Añádase que el capitalista ahorra también en costos de vigilancia. (XIX, 464.).

En el ya citado trabajo doméstico rige en general el destajo, puesto que éste sustituye la vigilancia, que en tal caso no es posible. (XIX, 464.).

En talleres y fábricas, el capitalista cierra contratos a destajo con los llamados obreros principales (jefes de grupo, etc.), quienes con la ayuda de un número de otros trabajadores producen determinada cantidad de mercancías por un precio prefijado y, como es natural, de poder ser, rapan a sus ayudantes hasta las orejas. Así el trabajador es explotado por el trabajador, a la vez que se le aligera al capitalista la explotación. (XIX, 464.).

El trabajador a destajo, para aumentar sus ingresos, se esfuerza al máximo y procura prolongar su jornada laboral, lo que, por las mismas razones que en el caso del salario por tiempo, se traduce finalmente en una reducción del salario. Bajo la regla del trabajo a destajo, los obreros trabajan hasta enfermar y morir prematuramente, y al final están en peor situación que si trabajaran más moderadamente con el salario por tiempo. La ignorancia de los obreros sobre las leyes del modo de producción capitalista es la principal responsable de ello. (XIX, 465.).

Aunque los salarios a destajo ya se utilizaban esporádicamente en el siglo XIV, no se aplicaron de forma más generalizada hasta la introducción de la gran industria, que en el momento de su

primera embestida los utilizó principalmente como palanca para ampliar la jornada laboral y reducir los salarios. (XIX, 466.).

IX

El proceso productivo y acumulativo del capital

Ninguna sociedad puede dejar de consumir, ni puede tampoco, por tanto, dejar de producir. Por consiguiente, todo proceso social de producción, considerado en sus constantes vínculos y en el flujo ininterrumpido de su renovación es, al mismo tiempo, un proceso de reproducción y de producción. Allí donde la producción presenta una forma capitalista, la presenta también la reproducción. (XXI, 476.).

El proceso de producción comienza con la compra de la fuerza de trabajo por un determinado tiempo, comienzo que se renueva constantemente, tan pronto como vence el plazo de venta del trabajo, expirando con ello un determinado periodo de producción: una semana, un mes, etc. Pero al obrero sólo se le paga después de rendir su fuerza de trabajo. Es una parte del producto reproducido por el mismo obrero la que vuelve constantemente a sus manos en forma de salario. (XXI, 477.).

Supongamos que, para empezar, un capitalista posee 20 mil marcos, cuyo origen no vamos a investigar. Ahora bien, él maneja ese dinero capitalistamente de manera que al año le rinde una plusvalía de 4 mil marcos, que consume; así, en cinco años consume una suma que es tan grande como el capital invertido originalmente. Que el capitalista se represente que sólo ha consumido ganancias y que su capital inicial se conserva intacto, o que considere que parte de ese capital, como edificios, maquinaria, etc., a todas vistas permanece en su forma primera, no hace al caso. De hecho el capitalista ha consumido el valor del capital de 20 mil marcos invertidos. Si no lo hubiera repuesto mediante trabajo no pagado, su capital se le habría agotado, o tendría una deuda con un tercero por ese monto. En este caso, el capital se habría ido reproduciendo, por consiguiente, durante los cinco años. El valor del capital desembolsado dividido entre la plusvalía consumida anualmente, da el número de años o periodo de reproducción, al cabo de cuyo transcurso el valor del capital desembolsado ha sido consumido por el capitalista y ha desaparecido. El capital, salga del trabajo o de cualquier otra fuente,

pronto o tarde se transforma en la encarnación del trabajo ajeno no pagado. (XXI, 479.).

Las condiciones básicas para que el dinero se transformara en capital no eran sólo producción y circulación de mercancías. En el mercado debían encontrarse un poseedor de valor o de dinero y un poseedor de la sustancia productora de valor, es decir, poseedor de medios de producción y de medios de vida y poseedor de fuerza de trabajo, como comprador y vendedor respectivamente. Esta situación original del proceso de producción capitalista se eterniza por sí misma. El trabajador transforma constantemente la riqueza material en capital, poder que le es ajeno, le domina y lo explota; por otra parte, el capitalista transforma no menos constantemente la fuerza de trabajo en algo sólo personal separado de todo medio de objetivación y realización, por más que sea fuente patente de riqueza contenida en la pura corporeidad del trabajador, o sea que transforma al trabajador en asalariado. (XXI, 479 y 480.).

Incluso lo que consume el trabajador pertenece a la producción y reproducción del capital, visto que sólo sirve para mantener en buen estado la fuerza de trabajo, como por ejemplo los aceites y la limpieza de la maquinaria mantienen a ésta en buen estado. Lo que el trabajador tiene que consumir personalmente para poder trabajar, lo consume en beneficio del capitalista, igual que las bestias de carga comen en beneficio de sus dueños. (XXI, 481.).

Por tanto, desde el punto de vista social, la clase obrera, aun fuera del proceso directo de trabajo, es un accesorio del capital, ni más ni menos que los instrumentos inanimados. El esclavo romano se hallaba sujeto por cadenas a la voluntad de su señor; el obrero asalariado se halla sometido al régimen de su propietario por medio de hilos invisibles. (XXI, 482.).

Antes, el capital hacía valer su derecho de propiedad sobre el obrero libre, siempre que le convenía, por medio de la coacción legal. Así por ejemplo, en Inglaterra, hasta 1815, se hallaba prohibida y castigada con duras penas la emigración de los obreros maquinistas. En tiempos de la guerra de Secesión americana, al venirse al suelo totalmente la industria algodonera inglesa, los trabajadores pedían el auxilio nacional para que se les facilitara la emigración. Los señores del algodón se comportaron como locos y dijeron que había que dar a los trabajadores una pequeña «ayuda» a cambio de ciertos servicios laborales (apedreamiento,

etc.) para que no perecieran, pero no debían facilitarles la emigración. Declararon, sin rodeos, que los trabajadores eran como sus vacas de ordeña de las que necesitaban una y otra vez y que, sin ellos, no era posible imaginar que se produjera plusvalía alguna. El parlamento de los capitalistas no desconocía su cometido y actuó como querían los caballeros algodoneros. (XXI, 483-486.).

El proceso capitalista de producción reproduce, por tanto, en virtud de su propio desarrollo, el divorcio entre la fuerza de trabajo y las condiciones de trabajo. Reproduce y eterniza, con ellos, las condiciones de explotación del obrero. Le obliga constantemente a vender su fuerza de trabajo para poder vivir y permite constantemente al capitalista comprársela para enriquecerse. Ya no es la casualidad la que pone frente a frente, en el mercado de mercancías, como comprador y vendedor, al capitalista y al obrero. Es el molino triturador del mismo proceso capitalista de producción, que lanza constantemente a los unos al mercado de mercancías, como vendedores de su fuerza de trabajo, convirtiendo constantemente su propio producto en medios de compra para los otros. En realidad, el obrero pertenece al capital antes de venderse al capitalista. Su vasallaje económico se realiza al mismo tiempo que se disfraza mediante la renovación periódica de su venta, gracias al cambio de sus patrones individuales y a las oscilaciones del precio del trabajo en el mercado. Por tanto, el proceso capitalista de producción, enfocado en conjunto o como proceso de reproducción, no produce solamente mercancías, no produce solamente plusvalía, sino que produce y reproduce el mismo régimen del capital: de una parte al capitalista y de la otra al obrero asalariado. (XXI, 486-487.).

Antes hubimos de estudiar cómo brota la plusvalía del capital; ahora investiguemos cómo nace el capital de la plusvalía. (XXII, 488.).

Supongamos que se trata de un capital cuyo monto es de 200 mil marcos que reporta anualmente una plusvalía de 40 mil marcos, rédito que se vuelve a invertir en producción y que las contingencias son siempre las mismas, por lo que, de nuevo, de esos 40 mil marcos se deduce una plusvalía anual de 8 mil marcos. Aun dejando en suspenso de dónde provinieron los 200 mil marcos y suponiendo que su poseedor (puede ser un moderno Hércules) se los ha hecho con su propio trabajo, no queda duda alguna, por lo demás, de cómo surgió la plusvalía de 40 mil marcos que transformó en dinero; es trabajo ajeno no retribuido. (XXII, 488-489.).

Fijémonos ahora en los 8 mil marcos. Para producirlos, el capitalista no ha tenido que adelantar (¿arriesgar?) más que lo que, a todas luces, se había apropiado del trabajo ajeno no retribuido. Por tanto, cuanto más trabajo no remunerado puede apropiarse el capitalista, tanta mayor posibilidad tiene de irse apropiando ulterior trabajo no pagado. En otras palabras: un capitalista mientras con menos reparo se dedica a explotar a los obreros, tanta mayor facilidad tiene para explotar a más trabajadores. *El trabajo*, dice Wakefield, *crea el capital antes de que el capital dé empleo al trabajo*. (XXII, 491 y n.).

Habíamos supuesto en primer lugar que el capitalista gastaba todo el monto de la plusvalía para disfrute y luego considerábamos que transformaba toda la plusvalía en nuevo capital. Ahora bien, en la realidad no ocurre exclusivamente ni una ni otra cosa, sino que la plusvalía tiene las dos aplicaciones. (XXII, 495.).

La suma de la plusvalía producida en una región y que se puede transformar en capital es siempre mayor, por tanto, que la que se transforma en capital. Cuanto más desarrollado está el sistema de producción capitalista -cuanta mayor plusvalía se produce- tanto más abunda el lujo y el despilfarro de los capitalistas. (XXII, 498.).

El capitalista tendrá justificada su existencia histórica y poseerá valor histórico sólo si consume lo menos posible de la plusvalía producida y capitaliza la que más puede. Si actúa así, obliga a la humanidad a la producción por la producción y a la creación de aquellas condiciones de producción que son las únicas que pueden constituir el fundamento de una forma social más elevada. Además, la misma competencia fuerza al capitalista a ampliar ininterrumpidamente su capital. Ahora bien, el dominio que debido a la multiplicación del capital posee el capitalista crece de manera que trae aparejados afán despótico y ambición de enriquecerse. (XXII, 499.).

En los orígenes históricos del régimen capitalista de producción -y todo capitalista advenedizo pasa, individualmente, por esta fase histórica- imperan como pasiones absolutas, la avaricia y la ambición de enriquecerse. (XXII, 500.).

Pero los progresos de la producción capitalista no crean solamente un mundo de goces. Con la especulación y el sistema de crédito, estos progresos abren mil posibilidades de enriquecerse de prisa. Al llegar a un cierto punto culminante de desarrollo, se impone incluso como una necesidad profesional para el *infeliz* capitalista una dosis convencional de derroche, que es a la par

ostentación de riqueza y, por tanto, medio de crédito. (XXII, 500.).

Avaricia y afán de goce constituyen una doble alma en el pecho del capitalista. La avaricia, por un lado, insta al capitalista no tanto a la famosa abstinencia de los placeres, cuanto a la intensificación posible de la explotación obrera, a la compresión del salario y a cosas por el estilo.

X

La ley capitalista de población

Puesto que, según hemos visto, una parte de la plusvalía se invierte en capital o se transmuta en proceso de producción, el capital -y con él el volumen de la producción- crece constantemente y de la misma manera ha de ir aumentando sin cesar aquella parte del capital que se ha de aplicar para la compra de la fuerza laboral, el fondo de trabajo (XXII, 515.).

Si ahora consideramos que, según el sistema de producción capitalista, lo que se reproduce es la relación capital-trabajo (por un lado el capitalista y por el otro el asalariado) se comprenderá que con la reproducción del capital a escala mayor, surgirán por un lado más capitalistas o más grandes, y por otro más asalariados. Hay veces en que ocurren tales circunstancias, como la apertura de nuevos mercados, el surgimiento de nuevos sistemas productivos, etc., que acrecientan en tal grado el crecimiento del capital que la afluencia de trabajo no da abasto, y entonces sube el salario; ahora bien, tales excepciones no alteran la regla. (Incluso con estas excepciones, el capitalista no espera a que los trabajadores hayan aumentado tanto mediante la reproducción para que el precio de la fuerza de trabajo baje. Deja a los teóricos que le impongan esa paciencia de cordero; como hábil practicante, prefiere pagar una bonificación a quien invente una máquina mediante la cual se pueda prescindir de los trabajadores) (XXIII, 517-518.).

Se ha demostrado anteriormente que los métodos que aumentan la productividad del trabajo presuponen una producción a escala cada vez mayor, y es evidente que esta última, suponiendo una sociedad en la que los medios de producción son propiedad privada, sólo puede extenderse en la medida en que los medios de producción y los alimentos se acumulan en manos de capitalistas individuales. (XXIII; 527.528.).

El paso del trabajo manual o de la pequeña industria al régimen capitalista, sólo pudo tener lugar porque, desde el comienzo mismo de la época de producción capitalista, había tenido lugar ya cierta acumulación de capital en las manos de productores de mercancías individuales; a dicha acumulación se le puede llamar

formación original del capital. Más adelante mostraremos cómo tuvo lugar. (XXIII, 528.).

La acumulación del capital permite, por consiguiente, el régimen de producción capitalista y éste, a su vez, facilita la acumulación del capital. Ahora bien, los distintos capitalistas se hacen continuamente la guerra y su arma es el abaratamiento de los artículos. Cuanto mayor es un capital, con tanta mayor ventaja puede emplearse en la producción, con lo que los capitalistas menores han de sucumbir poco a poco ante los mayores en la lucha de la competencia. Los capitalistas menores son engullidos por los mayores, el capital se concentra más y más, la producción se realiza en una escala cada vez mayor, el mismo proceso de producción sufre constantes y ulteriores transformaciones, todas las ramas imaginables de la producción se operan gradualmente sobre una base capitalista y la productividad aumenta constantemente a través de todo esto. (XXIII, 530.).

Por otra parte, simultáneamente con el crecimiento del capital, parte del mismo se desembolsa de manera fija para medios de trabajo, mientras que otra parte, menor, se aplica de modo variable en la adquisición de fuerza laboral. La consecuencia inevitable de este cambio progresivo en la proporción de sus dos partes es que, en el mismo grado en que aumenta la fuerza productiva del trabajo social y en que la clase obrera incrementa la riqueza del capital, crea simultáneamente los medios de hacer superfluo un número cada vez mayor de sus propios miembros, de liberarlos, de transformarlos en la llamada superpoblación. (XXIII, 533.).

Tal es la ley de población peculiar del sistema de producción capitalista, pues de hecho cada sistema histórico de producción ha tenido sus propias leyes de población. La naturaleza sólo ha fijado leyes definitivas de multiplicación para las plantas y los animales. (XXIII, 534-535.).

Si bien la acumulación del capital hace que muchos obreros salgan sobrando, estos obreros sobrantes, por su parte, sirven de palanca para la acumulación del capital, pues la gran industria se halla siempre en transformación, debiendo ampliar repentinamente su campo de operación y conquistar constantemente otros nuevos, y por lo mismo requiere de gente sin compromiso alguno, esto es, de trabajadores más o menos desocupados de los que pueda echar mano. El capital necesita no sólo a trabajadores activos, sino a un ejército industrial de reserva al que pueda enrolar en cualquier momento en la producción o bien despedirlo,

según le convenga. Como es natural, este ejército de reserva no siempre está compuesto de los mismos trabajadores; cada obrero que interinamente está sin ocupación, pertenece a dicho ejército durante su carencia de trabajo. (XXIII, 535.).

Todo el movimiento de la industria moderna procede, por consiguiente, de la transformación constante de una parte de la población obrera en manos ociosas o semiocupadas. Esta ley específicamente capitalista de población o de sobrepoblación es condición vital para la producción capitalista. (XXIII, 536.).

Hemos visto que el desarrollo del sistema de producción capitalista y de la productividad del trabajo -a la par causa y resultado de la multiplicación del capital- posibilita al capitalista para que con el mismo desembolso de capital móvil haga líquido más trabajo, mediante una explotación más acentuada de las fuerzas laborales individuales. Hemos contemplado también que el capitalista compra más fuerza laboral con el mismo valor del capital, pues suplanta siempre en mayor proporción al personal experto por el inexperto, al maduro por el inmaduro, al masculino por el femenino, al adulto por el joven. De ello resulta que el despido de trabajadores ocurre más rápidamente que cuanto sería consecuencia sin más de la transformación técnica acelerada debida al progreso de la dilatación del capital y, en correspondencia con esto, hay un aumento de la porción del capital fijo (invertido en medios de trabajo) y una reducción en el capital móvil (el desembolsado para fuerza de trabajo). (XXIII, 538.).

Parte de los obreros trabaja sobre el tiempo medio, pero con más desgaste energético promedio. Con ello (esa parte) contribuye a aumentar a los sobrantes, y éstos obligan (por la concurrencia) a aquéllos al trabajo excedente. Esta relación constituye un medio poderoso de enriquecimiento de los capitalistas en particular y acelera al mismo tiempo la formación del ejército industrial de reserva, en una escala proporcionada a los progresos de la acumulación social. (XXIII, 538.).

A grandes rasgos, el movimiento general de los salarios se regula exclusivamente por las expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, que corresponden a las alteraciones periódicas (en determinadas épocas en constante renovación) de la producción media, de la sobreproducción, del almacenamiento, de las crisis, etc.; alteraciones que con el progreso de la gran industria se suceden cada vez más aceleradamente y, a su vez, se combinan con oscilaciones irregulares más pequeñas. (XXIII, 539.).

El que los salarios suban o bajen no se debe, por ende, al movimiento de toda la cantidad de población obrera, sino a la relación cambiante en que la clase operaria se divide en ejércitos activos y de reserva, y por el aumento o disminución del volumen en que se ocupan los obreros sobrantes. (XXIII, 540-541.).

La moderna industria quedaría muy mal parada si la demanda y la oferta de trabajo no se rigieran por las necesidades de explotación del capital en cada momento, sino que a la inversa, el movimiento del capital dependiera de la cantidad absoluta de población. (XXIII, 542.).

Así se imaginan los profesores de economía que tiene lugar este proceso. Según ellos, el aumento del capital va seguido de un aumento de los salarios del trabajo, lo que a su vez provoca un aumento tan fuerte de la población de trabajadores que el aumento del capital no puede seguir su ritmo, de modo que finalmente muchos trabajadores deben permanecer desempleados y los salarios del trabajo vuelven a caer. A la inversa, los bajos salarios del trabajo provocan gradualmente una disminución tal de la población obrera que la demanda de trabajo supera a su oferta, o bien la caída del salario del trabajo y la mayor explotación simultánea de la fuerza de trabajo aceleran el aumento del capital, mientras que el aumento del trabajo se mantiene a raya por el bajo salario. Así que un caso y otro desencadenan por fin nueva subida de los salarios, hasta que las consecuencias de ese ascenso otra vez llevan a su hundimiento. (XXIII, 541.).

Marx, por otra parte, mira más profundamente y es de hecho el primero en investigar y exponer la ley específicamente capitalista de la población. Nunca antes se había producido tal reducción de la población activa debido a la angustia de los trabajadores -que es verdaderamente grave en distritos individuales y a menudo dura décadas- que hubiera tenido que producirse un aumento de los salarios. El hombre puede tolerar cosas increíbles antes de quedar totalmente destruido. Basta con ir a los distritos de telares y ver si, a pesar de la situación más miserable, no se encuentran familias casi numerosas. Si es necesario, se conceden ayudas para mantener a los más pobres entre la vida y la muerte. Del mismo modo, la escasez de mano de obra no hace que suban los salarios. Cuando hay escasez de trabajadores, urge mejorar los medios de trabajo, se inventan nuevas máquinas, etc., en resumen, el proceso de producción se reorganiza de tal manera que los trabajadores existentes sean suficientes o, en algunos casos, excedentarios. El capital no volverá a preocuparse de cosas tan aburridas como esperar a que los obreros se sientan tentados por

los altos salarios para reproducirse más rápidamente y crear así, con el tiempo, una población activa tan numerosa que los salarios deban bajar de nuevo. Si necesita más trabajadores, los necesita inmediatamente y no dentro de 10 o 20 años. (XXIII, 541-542.).

El número de los trabajadores ocupados no crece en la misma proporción que el capital, sino más bien en una proporción siempre decreciente, comparada con el progreso de la gran industria. Si por un lado la acumulación del capital aumenta la demanda de trabajo, por otro incrementa a la vez la afluencia de trabajadores desocupados y su presión sobre los ocupados, debido al impulso que da la expansión y desenvolvimiento del sistema de producción capitalista. El movimiento de la ley de la oferta y la demanda *sobre esta base* (fundamento) culmina el despotismo del capital. (XXIII, 542.).

Por eso, en cuanto los obreros se organizan para luchar contra esta ley o para romper o debilitar sus consecuencias, el capital monta en cólera y clama sobre la violación de la «ley eterna y sagrada» de la oferta y la demanda y dicta *leyes coercitivas*. (Pensemos, por ejemplo, en el proyecto de ley contra el «incumplimiento de contrato»).

XI

Formas capitalistas para aumentar la población.

La pobreza de las masas

El fenómeno de la aparición de trabajadores sobrantes se debe a distintas causas.

En muchas ramas de la gran industria, los trabajadores varones sólo se utilizan en masa hasta una cierta edad, de los cuales sólo una pequeña proporción sigue siendo utilizable más tarde en la misma rama de actividad, pero un gran número es expulsado constantemente. Algunos de estos trabajadores «superfluos» emigran o siguen al capital que emigra. Una consecuencia de ello es que la población femenina aumenta más rápidamente que la masculina. (XXIII, 543.).

La aparente contradicción de que, simultáneamente, haya falta o exceso de obreros se explica por las peculiaridades del sistema de producción capitalista. Por un lado, el capital necesita relativamente mayores cantidades de jóvenes que de hombres maduros; por otro, la división del trabajo encuadra a los trabajadores a determinadas ramas. Así, en 1866, de 80 mil a 90 mil trabajadores quedaron en la calle, a la vez que en los distritos industriales se quejaban de falta de brazos. (XXIII, 543.).

Debido al desgaste acelerado de la fuerza laboral ocasionado por el capital, el trabajador de mediana edad normalmente ya ha superado su utilidad y pasa a engrosar las filas de los trabajadores excedentes o tiene que acomodarse haciendo trabajos mal pagados (peor pagados) en lugar del anterior trabajo mejor pagado. Al capital le interesa que las generaciones de trabajadores se sustituyan rápidamente para que siempre haya una oferta suficiente de mano de obra fresca a pesar del desgaste prematuro. Esto se consigue mediante los matrimonios precoces, que son una consecuencia necesaria de las condiciones en las que viven los trabajadores industriales a gran escala, y por el hecho de que los hijos de los trabajadores son explotados muy pronto y ayudan a «ganar», lo que fomenta o al menos no desalienta su producción. (XXIII, 543-544.).

Tan pronto como la producción capitalista se apodera de la agricultura, la demanda de mano de obra rural disminuye en la misma proporción en que aumenta el incremento del capital en este campo. Cuanto más se mecaniza la agricultura, naturalmente menos trabajadores se necesitan, y aquí no ocurre como en la industria fabril, donde los despedidos encuentran al menos un empleo parcial en las nuevas fábricas que surgen, mientras que la agricultura fabril convierte una parte cada vez mayor de la tierra en pastizal. Por lo tanto, una parte de los trabajadores agrícolas se desplaza constantemente de la agricultura a la industria y constituye así una fuente de crecimiento constante de la mano de obra urbana. (XXIII, 544.).

Esto presupone, por supuesto, un excedente constante, aunque oculto, de una superpoblación latente en el campo, cuya magnitud sólo se hace visible cuando la industria requiere temporalmente una mano de obra inusualmente numerosa. (La sobrepoblación de campesinos y su constante adhesión a la industria por ahora sólo se puede observar de manera evidente en Inglaterra, pero con la expansión del sistema de producción capitalista paulatinamente se hará patente de igual manera por todas partes.) (XXIII, 544.).

La superpoblación estancada forma en realidad parte del ejército laboral activo, pero sólo se emplea de forma muy irregular. Su nivel de vida desciende por debajo del nivel normal medio de la clase obrera, y esto es precisamente lo que la convierte en instrumento dócil de explotación del capital. Sus características son: máxima jornada de trabajo y salario mínimo. Ya nos hemos familiarizado con la forma principal de esta clase de trabajo cuando mencionamos el llamado *trabajo doméstico*. (XXIII, 544-555.).

Y, por cierto, este elemento de la clase trabajadora es el que con más rapidez se reproduce. Por extraño que parezca, sin embargo, es un hecho que aquellas categorías de trabajadores con familias más numerosas son las que perciben salarios más bajos. Esto nos recuerda la reproducción en masa de especies animales individualmente débiles y cazadas. (XXIII, 555.).

Los últimos despojos de la superpoblación, están formados por el empobrecimiento total, el pauperismo. Dejando a un lado a los vagabundos, los criminales, las prostitutas, en una palabra al proletariado andrajoso (lumpenproletariado) en sentido estricto, esta capa social se halla formada por tres categorías: primera, personas capacitadas para el trabajo, es decir aquellas que

sólo pueden encontrar trabajo temporalmente y el resto del tiempo viven de la beneficencia, y por tanto son mendigos; segunda, huérfanos e hijos de pobres. Estos seres son candidatos al ejército industrial de reserva; y en las épocas de gran actividad, como en 1860 por ejemplo, son enrolados rápidamente y en masa en los cuadros del ejército obrero en activo; tercera, degradados, despojados, incapaces para el trabajo. Se trata de seres condenados a perecer por la inmovilidad a que les condena la división del trabajo, de los obreros que sobreviven a la edad normal de su clase y, finalmente, de las víctimas de la industria, cuyo número crece con las máquinas peligrosas, las minas, las fábricas de productos químicos, etc., de los mutilados, los enfermos, las viudas, etc. (XXIII, 545.).

La formación y preservación de estas miserias va implícita en la formación de la superpoblación y, junto con ésta, constituye una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza. El capital, sin embargo, siempre sabe cómo hacer recaer sobre los hombros del pueblo trabajador el mantenimiento de los empobrecidos producidos por su explotación. (XXIII, 545-546.).

Veámos en la sección cuarta, al estudiar la producción de la plusvalía relativa que, dentro del sistema capitalista, todos los métodos encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual; todos los medios encaminados al desarrollo de la producción se convierten en medios de explotación y esclavizamiento del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentado, lo rebajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de éste, le enajenan las potencias espirituales del proceso del trabajo en la medida en que a éste se incorpora la ciencia como potencia independiente; corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja; le someten, durante la ejecución de su trabajo, al despotismo más odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y a sus hijos bajo la rueda trituradora del capital. Pero todos los métodos de producción de plusvalía son, al mismo tiempo, métodos de acumulación, y todos los progresos de la acumulación se convierten, a su vez, en medios de desarrollo de aquellos métodos. (XXIII, 546- 547.).

De donde se sigue que, a medida que se acumula el capital, tiene necesariamente que empeorar la situación del obrero, cualquiera que sea su retribución (incluso cuando aparentemente se introduzca alguna mejora). Finalmente, la ley que mantiene

siempre la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la intensidad de la acumulación, mantiene al obrero encadenado al capital con grilletes más firmes que las cuñas de Vulcano con que Prometeo fue clavado en la roca (según la leyenda griega). Esta ley determina una acumulación de miseria equivalente a la acumulación de capital. Por eso, lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase que crea su propio producto como capital, acumulación de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de despotismo, de ignorancia y de degradación moral. (XXIII, 547.).

XII

Origen del capital moderno

Hemos visto cómo se convierte el dinero en capital, cómo sale de éste la plusvalía y cómo la plusvalía engendra nuevo capital. Sin embargo, la acumulación de capital presupone la plusvalía, la plusvalía la producción capitalista y ésta la existencia en manos de los productores de grandes masas de capital y fuerza de trabajo. Todo este proceso parece suponer una formación de capital que no es resultado sino punto de partida del régimen capitalista de producción: la acumulación originaria del capital. (XXIV, 607.).

Los economistas burgueses suelen ponérselo fácil, se limitan a explicar que en aquella época había una serie de personas laboriosas que fueron adquiriendo riqueza mediante el trabajo, mientras que el resto eran holgazanes y pronto se hundieron en una amarga pobreza y, por tanto, no poseían más que su fuerza de trabajo, que finalmente tuvieron que vender para poder vivir, con lo que cayeron en una relación de dependencia. Y se dice que esta relación se ha transmitido hasta nuestros días. Todo lo relacionado con el desarrollo económico parece haber sido bastante idílico, mientras que en la historia, como sabemos, la conquista, el sometimiento, el robo y el asesinato -en resumen, la violencia- son los factores decisivos. (XXIV, 607.).

Los presupuestos del sistema de producción capitalista son ya conocidos por los lectores; éstos saben que, por un lado, había poseedores de medios de producción y por el otro, poseedores de fuerza de trabajo, y que unos y otros podían disponer de lo propio a su antojo. Sabemos, además, que los poseedores de fuerza de trabajo no sólo tenían que ser libres en el sentido de que no pertenecían corporalmente a nadie, sino que también eran libres de cualquier otro haber, pues de otra manera no se habrían sentido constreñidos a vender voluntariamente su fuerza de trabajo. Por fin, se dijo también cómo se conserva esa relación. La aparición de la misma no puede ser otra cosa que la disociación entre el trabajador y los medios de producción; la formación originaria del capital es la culpable de tal proceso. Comporta toda una serie de procesos históricos; (para ser más exactos), se trata de una

serie doble: por un lado, la disolución de las relaciones que constituían al operario en posesión de un tercero; por otro, disolución de la posesión de los medios de trabajo por parte del productor. (XXIV, 608.).

Este proceso de escisión abarca toda la historia evolutiva de la sociedad burguesa moderna, la que se explicaría del todo si los historiadores no expusieran sólo la emancipación del trabajador de los vínculos feudales, sino también la transmutación del sistema feudal de explotación en el que actualmente existe. El punto de partida de este proceso fue la esclavización del obrero; su continuación estriba en un cambio de forma de esa esclavitud. (XXIV, 608.).

Aunque los primeros indicios del modo de producción capitalista se presentan ya, esporádicamente, en algunas ciudades del Mediterráneo durante los siglos XIV y XV, la era capitalista sólo data, en realidad, del siglo XVI. Allí donde surge el capitalismo hace ya mucho tiempo que se ha abolido la servidumbre y que el punto de esplendor de la Edad Media, la existencia de ciudades soberanas, ha declinado y palidecido. (XXIV, 609.).

En la historia de la acumulación originaria hacen época todas las transformaciones que sirven de punto de apoyo a la naciente clase capitalista, y sobre todo los momentos en que grandes masas de hombres se ven despojadas repentina y violentamente de sus medios de producción para ser lanzadas al mercado de trabajo como proletarios libres. La base de todo este proceso es la expropiación violenta de la posesión de bienes raíces y del suelo perpetrada contra el campesino. Dicha expropiación se llevó a cabo de diversas maneras, pero tomaremos como ejemplo a Inglaterra, pues es allí donde este proceso se efectuó de forma más evidente. (XXIV, 609.).

En Inglaterra, la servidumbre había desaparecido ya, de hecho, en los últimos años del siglo XIV. La mayor parte de la población se dedicaba a la agricultura; abundaban los labriegos libres que cultivaban sus propios campos, mientras que unos pocos eran jornaleros que, de todas maneras, disponían de un par de mañanas para cultivar su labranza, además de que podían compartir los terrenos comunales. A pesar de todo, los campesinos mantenían con los señores feudales una relación de vasallaje. (XXIV, 610.).

A finales del siglo XV y principios del XVI, cuando la realeza alcanzó el poder absoluto, ordenó la abolición de las lealtades feudales, lo que lanzó a mucha gente al mercado laboral. Pero

esto sólo fue un pequeño prelude de la revolución. Los feudales crearon un proletariado incomparablemente mayor al expulsar pronto a los campesinos de la tierra y anexionarse las tierras comunales o robar tierras a su antojo. (XXIV, 611.).

El florecimiento de la industria lanera de Flandes en aquella época hizo subir los precios de la lana, razón por la cual los feudales convirtieron enormes extensiones de tierra cultivable en pastizales. Innumerables granjas se derrumbaron o fueron demolidas, ipero la ganadería de ovejas floreció! (XXIV, 611.).

Fue de este modo como la clase obrera inglesa se precipitó directamente, sin transición, de la edad de oro a la edad de hierro. La legislación se echó a temblar con la transformación que se estaba operando, pero los antidotos que empleó fueron tan inútiles como contraproducentes. (XXIV, 611.).

Cuando llegó la Reforma, los bienes de la Iglesia fueron expropiados también y perseguidos sus beneficiarios, convirtiéndose en proletarios. Con la llegada de Guillermo III de Orange, ocuparon el poder también los capitalistas: estos elementos consagraron la nueva era entregándose en una escala gigantesca al saqueo de los terrenos de dominio público, que hasta entonces sólo se había practicado en proporciones muy modestas. Por fin se llegó al extremo de asignar legítimamente los bienes comunales a los señores rapaces; es decir, que los lores que fabricaron esas leyes se atribuyeron propiedad del pueblo. (XXIV, 615-616.).

Los campesinos independientes fueron sustituidos por unos pocos grandes y muchos pequeños arrendatarios dependientes y serviles. El robo sistemático de tierras creó grandes latifundios para los terratenientes, mientras que al mismo tiempo «liberaba» a la población rural como proletariado para la industria, cuanto más rápidamente la liberaba, más decisivamente la reorganización de la agricultura de pequeña a gran escala seguía el ritmo de los robos de tierras. Se llamaba «despeje» a la expulsión masiva de la población rural. - En el siglo XVIII también se prohibió a los expulsados emigrar a otros países para empujarlos a la fuerza hacia la industria. (XXIV, 617-620.).

Así, pues, la depredación de los bienes de la Iglesia (que en un principio, a su vez, se consiguieron con falacias y estafas), la fraudulencia de los bienes del Estado, el robo de las propiedades comunales y la metamorfosis de la propiedad feudal en la moderna, junto con la expulsión consiguiente de los campesinos, fueron los métodos nobilísimos y sin mácula de la acumulación originaria

del capital. Con estos métodos se abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades. (XXIV, 624.).

El proletariado proscrito, expulsado de la tierra por la disolución de las ataduras feudales y el robo de tierras, no podía ser utilizado por la industria emergente tan rápidamente como fue creada. Por otra parte, los que de repente se vieron expulsados de su posición acostumbrada en la vida no pudieron encontrar el camino hacia la disciplina del nuevo Estado. Se convirtieron en masa en mendigos, ladrones, vagabundos, etc. - Por ello, a finales del siglo XV y durante todo el siglo XVI, en toda Europa occidental se legisló sangrientamente contra la vagancia. Los cazados de la tierra y del suelo eran marcados, azotados, torturados, convertidos en esclavos, incluso ejecutados por «eludir el trabajo», etc. ¡Pero los ladrones de tierras eran gente respetable! - - No basta con que las condiciones de trabajo cristalicen en uno de los polos como capital y en el polo contrario como hombres que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo. Ni basta tampoco con obligar a éstos a venderse voluntariamente. En el transcurso de la producción capitalista se va formando una clase obrera que desde el nacimiento está ya acostumbrada a esta relación de dependencia. La organización del capital rompe toda resistencia, al paso que la reproducción constante de obreros sobrantes mantiene el salario en el escalón más bajo. De esta manera, se mantiene el predominio del capitalista sobre el trabajador, mediante las leyes naturales de la producción capitalista. Durante la génesis histórica de la producción capitalista no ocurre aun así, La burguesía naciente necesita y requiere el poder del Estado para regular los salarios -es decir, para fijarlos lo más bajo posible-, para alargar la jornada laboral e incluso para mantener a los obreros en la sumisión. Es éste un factor esencial de la llamada acumulación originaria. (XXIV, 624, 625,627.).

Durante los siglos XIV y XV los trabajadores asalariados no eran aún muy numerosos y estaban bastante próximos, socialmente, a sus patronos; sin embargo, la legislación sobre el jornal iba siempre contra el obrero y llevaba el sello de su explotación. (XXIV, 628.).

La extensión forzosa de la jornada laboral ya se ha mencionado anteriormente, por lo que sólo es necesario mencionar aquí que los salarios laborales también estaban «regulados» por ley en el primer periodo de producción capitalista. Se fijaban las tarifas salariales más altas y se amenazaba con castigos severos a

cualquiera que diera o tomara más; se podía dar o tomar menos a voluntad. Las asociaciones de obreros fueron tratadas como delitos graves en Inglaterra (desde el siglo XIV hasta 1825! (XXIV, 629.).

Después de exponer el proceso de violenta creación de los proletarios libres y privados de recursos, cómo se les convirtió a sangre y fuego en obreros asalariados y la sucia campaña en que el Estado refuerza policíacamente, con el grado de explotación del obrero, la acumulación del capital, cabe preguntar: ¿cómo surgieron los primeros capitalistas? Pues, la expropiación de la población campesina sólo crea directamente grandes terratenientes. (XXIV, 631.).

Los arrendatarios que ocuparon el lugar de los campesinos eran en su mayoría meros desposeídos, a los que los terratenientes adelantaban semillas, ganado y material agrícola y exigían a cambio una determinada parte del rendimiento de la tierra. En cuanto el arrendatario, mediante la explotación de los asalariados y el aprovechamiento de los pastos comunales robados por el terrateniente, consiguió dotarse de su propio capital de explotación, el método original de reparto de la tierra dio paso al pago de una renta de la tierra fijada por contrato. Diversas circunstancias favorables permitieron a este nuevo tipo de arrendatario enriquecerse progresivamente. Por ejemplo, los contratos de arrendamiento de 33 años que aún eran habituales en el siglo XVI, el descenso simultáneo del valor de los metales preciosos, el consiguiente aumento del precio de los productos agrícolas y la reducción de los salarios del trabajo, etc., etc. Por último, la gran industria proporciona a la agricultura capitalista una base sólida en forma de maquinaria y completa su separación de la industria. Algunos de los arrendatarios se transforman en «arrendatarios del capital», otros en proletarios. (XXIV, 632.).

La aparición del capitalista industrial fue menos gradual. Sin duda, muchos pequeños maestros gremiales, artesanos autónomos o trabajadores asalariados se convirtieron en pequeños capitalistas. Los pequeños capitalistas explotaron enérgicamente a los trabajadores asalariados, aumentando así su capital y convirtiéndose finalmente en capitalistas en el verdadero sentido de la palabra. En el período de infancia de la producción capitalista, a menudo era como el período de infancia del urbanismo medieval, en el que la cuestión: ¿cuál de los siervos fugitivos debía ser el amo y cuál el siervo? se decidía en gran medida por la fecha más temprana o más tardía de su huida. Sin embargo, el ritmo de caracol de este método no se correspondía en absoluto con las

necesidades comerciales del nuevo mercado mundial creado por los descubrimientos de finales del siglo XV. Pero la Edad Media había legado dos formas diferentes de capital, que existieron en casi todas las sociedades conocidas históricamente: la usura y el capital mercantil. (XXIV, 637.).

El capital monetario formado mediante la usura y el comercio o todo tipo de estafas se veía impedido de transformarse en capital industrial por la constitución feudal en el campo y la constitución gremial en las ciudades. Estas barreras cayeron con la disolución de las lealtades feudales, el robo de la tierra y la expulsión parcial del campesinado, y el declive de los gremios de las ciudades. Las fábricas se establecieron en los puertos de exportación y en el campo llano, donde los gremios carecían de poder. (XXIV, 638.).

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata en América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de la producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero. Las diversas etapas de la acumulación originaria tienen su centro, por un orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. Es aquí, en Inglaterra, donde a fines del siglo XVII se resumen y sintetizan sistemáticamente en el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista. En parte, estos métodos se basan, como ocurre con el sistema colonial, en la más avasalladora de las fuerzas. Pero todos ellos se valen del poder del Estado, de la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar a pasos agigantados el proceso de transformación del régimen feudal de producción en el régimen capitalista y acortar los intervalos. La violencia es la partera de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva. (XXIV, 638-639.).

El sistema colonial hizo madurar el comercio y la navegación asegurando mercados y precios elevados a las manufacturas nacientes. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza, refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital. (XXIV, 640.).

Con la deuda pública, surgió un sistema internacional de crédito, detrás del cual se esconde con frecuencia, en tal o cual pueblo, una de las fuentes de la acumulación originaria. Así, por ejemplo, las infamias del sistema de rapiña seguido en Venecia constituyen una de esas bases ocultas de la riqueza capitalista de Holanda, a quien la Venecia decadente prestaba grandes sumas de dinero. Otro tanto acontece entre Holanda e Inglaterra en el siglo XVIII y ahora entre Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica. Muchos de los capitales que hoy comparecen en Norteamérica sin cédula de origen son sangre infantil recién capitalizada en Inglaterra.

El sistema proteccionista fue un medio artificial para hacer fabricantes, expropiar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar el tránsito del antiguo al moderno régimen de producción. En el continente europeo una parte del capital originario de los industriales sale directamente del erario público. ¿Para qué -exclama Mirabeau- ir a buscar tan lejos la causa del esplendor manufacturero de Sajonia antes de la Guerra de los Siete Años? ¡180 millones de deuda pública! (XXIV, 642-644.).

El sistema colonial, la deuda pública, la montaña de impuestos, el proteccionismo, las guerras comerciales, etc., todos estos vástagos del verdadero periodo manufacturero se desarrollaron en proporciones gigantescas durante los años de infancia de la gran industria. El nacimiento de esta potencia es festejado con la gran cruzada heródica (en relación a Herodes) del rapto de niños. Los niños de los asilos de pobres y de los orfanatos eran vendidos en masa a los dueños de las fábricas y medio maltratados, medio muertos de hambre por el trabajo prolongado día y noche. Con el desarrollo del modo de producción capitalista, la opinión pública perdió gradualmente todo sentido de la vergüenza. Todo lo que suponía un aumento del capital era alabado, incluso el infame comercio de negros. Al mismo tiempo que se introducía la esclavitud infantil en Europa, se intensificaba la esclavitud de los negros en Estados Unidos porque el auge de la fábrica de algodón inglesa hacía necesario aumentar la producción de algodón.

La separación de los trabajadores de los medios de trabajo, transformando, por un lado, los medios sociales de producción y alimentación en capital y, por otro, a las masas populares en esclavos asalariados sin propiedad («trabajadores libres»), es un producto artificial de la historia moderna. Si el dinero, según Au-

gier, nace con manchas naturales de sangre en las mejillas, el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza. (XXIV, 644-645-646.).

¿A qué tiende la acumulación originaria del capital, es decir, su génesis histórica? Cuando no se limita a convertir directamente al esclavo y al siervo de la gleba en obrero asalariado, determinando por tanto un simple cambio de forma, la acumulación originaria significa, pura y exclusivamente, la expropiación del productor directo o, lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo. (XXIV, 647.).

XIII

Consideraciones finales

La propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción es la base de la pequeña industria y ésta una condición necesaria para el desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del propio trabajador. Pero, con el tiempo, la pequeña industria en sí estorba el paso al desarrollo de la producción que ella misma ha generado y debe hacer lugar a la gran industria; ésta, a su vez, no puede servirse de medios de producción, desperdigados, antes bien requiere su concentración y la produce. La minúscula propiedad de muchos pasa a las manos de unos cuantos, aunque ello ocurre con el empleo más despiadado de toda clase de violencia. (XXIV, 647-648.).

Ese proceso de transformación se lleva a cabo hasta determinado grado en que empieza una nueva forma de depredación de los propietarios privados, efectuada según las leyes de la producción capitalista. Cada capitalista desplaza a otros muchos. En lugar de los muchos capitalistas pequeños aparece el número cada vez menor de los grandes capitalistas. (XXIV, 648.).

Simultáneamente crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción (XXIV, 648.).

El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados. Y surge la unión de los trabajadores libres, quienes poseen la tierra en común y los medios de producción generados por el trabajo mismo. (XXIV, 648-649.).

La transformación de la propiedad privada dispersa en capitalista duró mucho tiempo, pues se trataba de la apropiación de

bienes del pueblo por parte de pocos usurpadores; pero la transformación de la propiedad capitalista en social se efectuará más prontamente, porque en este caso será toda la masa del pueblo la que despojará a unos cuantos usurpadores. (XXIV, 649).

Los lectores se habrán enterado por las disertaciones de Marx presentadas aquí sucintamente, que el sistema de producción capitalista en realidad no es más que una forma transitoria que a través de su propia organización ha de llevar a un sistema de producción social más elevado, cooperativo, al socialismo.

No obstante, esto ha de aflorar la pregunta: ¿de qué manera se realizará por fin ese alto resultado imaginado? Bien, aunque la evolución ulterior de la producción capitalista se dirigiera a dicho resultado a paso de carga, el fruto maduro no caería de por sí en las faldas de la humanidad, sino que se recogerá cuando llegue su momento.

Si la sustitución gradual de la propiedad capitalista o la eliminación del capital serán favorecidas de golpe por la sociedad, o de qué otro modo se sellará la convulsión y se llevará a cabo la apertura de una nueva época cultural, está por ver y depende de circunstancias que no pueden preverse.

Lo que es seguro, sin embargo, es que el pueblo debe estar en plena posesión del poder político antes de poder realizar su renacimiento social. Esta plenitud de poder no debe consistir únicamente en el hecho de que todo el mundo tenga derecho a votar y a ser elegido, ya que la «libertad» del «Estado basado en el sufragio universal» no es más que un señuelo con el que los agentes bonapartistas y prusianos atrapan a tontos crédulos. Por el contrario, el autogobierno del pueblo debe ocupar el lugar de su ser gobernado. Y el pueblo conquistará ese poder político cuanto antes reconozca la naturaleza interna de la sociedad actual y cuanto más firmemente comprenda el objetivo por el que debe luchar.

Quien esté empapado de la convicción de que la sociedad de hoy ha de sucumbir dejando el lugar a otra más alta y noble, y que las clases trabajadoras están llamadas a desquiciar el edificio actual de la sociedad, mediante la arrolladora palanca del poder político, no puede dejar de proponerse otro cometido que el de

inocular a los demás sus propios principios, revolver incesantemente la corriente de la propaganda para enrollar más y más soldados de la revolución social que militen bajo el estandarte rojo, símbolo de la confraternidad humana toda y propagar en sus corazonas el ardiente entusiasmo por el ideal que hay que luchar.

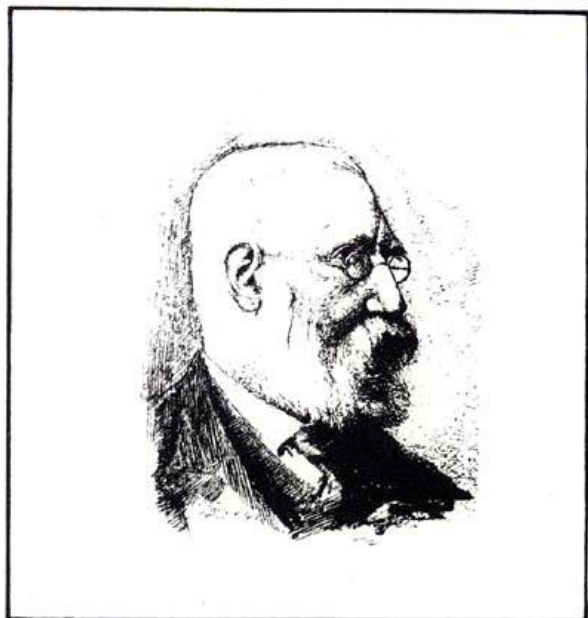
En las fábricas y talleres, en los áticos y sótanos del proletariado, en las pensiones y paseos, en una palabra, por doquier donde se hallen trabajadores, tiene que procederse a la agitación; el conocimiento se ha de llevar de las ciudades al campo. El proletario de camisa ha de abrir los ojos a su hermano de chaqueta multicolor; los hombres han de enseñar a sus mujeres, los padres a sus hijos. Todos los prejuicios ideados artificiosamente por los enemigos de la humanidad para el esclavizamiento del pueblo, como por ejemplo el timo de las nacionalidades, han de ser ahuyentados y en su lugar ha de aparecer el amor fraterno. Los trabajadores se han de dar las manos, estrechándose cada vez más fuertemente, sobre las líneas fronterizas y las coronas principescas, hasta que la *Asociación Internacional de Trabajadores* sea un hecho consumado.

Una vez realizada la obra general de confraternización, ¿quién querría todavía enfrentarse a los pueblos? ¿Quién les impediría desconocer todos los llamados «derechos adquiridos» en virtud del derecho histórico? Nadie. El dominio de clase sólo puede existir mientras una parte del pueblo se deje abusar para esclavizar a la otra parte, es decir, mientras prevalezca la estupidez de las masas. Mientras ésta no desaparezca, todos los que se esfuerzan por avanzar deben movilizar todas sus fuerzas para difundir la ilustración, y nunca deben abandonar la lucha, cuyo grito de guerra es:

¡Proletarios de todos los países, uníos!

KOMMUNISTISCHER ANARCHISMUS

John Most



anarchistische texte 10

Anarquismo Comunista

El anarquismo es una visión del mundo, una filosofía de la sociedad; de hecho, la filosofía de la sociedad, porque quienquiera que considere el mundo y la vida humana en sus sentidos más profundos y en su desarrollo completo, y luego decida cuál es la forma de sociedad más deseable, no puede sino decidirse por el anarquismo. Cualquier otra forma es una medida a medias y un remiendo.

¿Es deseable el anarquismo? ¿Quién no busca la libertad? ¿A qué hombre, a menos que esté dispuesto a declararse en esclavitud, le gustaría llamar agradable a cualquier control sobre él? Piénsalo.

¿Es posible el anarquismo? El fracaso de los intentos de alcanzar la libertad no significa que la causa esté perdida. El hecho de que la lucha por la libertad sea más clara y más fuerte que nunca, de que hoy existan diferentes condiciones previas para alcanzar el objetivo y de que, por lo tanto, estemos más cerca de la anarquía de lo que se esperaba, demuestra el desarrollo del deseo de eliminar de la faz de la tierra lo que es autoritario.

Los anarquistas son socialistas porque quieren la mejora de la sociedad, y son comunistas porque están convencidos de que tal transformación de la sociedad sólo puede resultar del establecimiento de una mancomunidad de la propiedad.

Los objetivos de los anarquistas y de los verdaderos comunistas son idénticos. ¿Por qué, entonces, los anarquistas no se conforman con llamarse socialistas o comunistas? Porque no quieren que se les confunda con gente que se apropia indebidamente de estas palabras, como hace mucha gente hoy en día, y porque creen que el comunismo sería un sistema incompleto y poco deseable si no se le infundiera el espíritu del anarquismo.

Comunistas y anarquistas coinciden también en la táctica. Quien niega la sociedad actual y busca unas condiciones sociales basadas en el reparto de la propiedad es un revolucionario, se llame anarquista o comunista. Pero los anarquistas no son sabuesos que hablan con ligereza de la revolución mediante asesinatos e incendios provocados. Hacen propaganda revolucionaria porque saben que la clase privilegiada nunca podrá ser derrocada pacíficamente.

Por eso, los anarquistas, en nombre del proletariado, consideran necesario mostrarle que tendrá que ganar una gigantesca batalla antes de realizar sus objetivos. Los anarquistas se preparan para la revolución social y utilizan todos los medios -discurso, escritura u obra, lo que sea más pertinente- para acelerar el desarrollo revolucionario.

¿Puede alguien, que honestamente apoye al proletariado, culparlos por ello? El hecho de que, como consecuencia, los capitalistas, la policía, la prensa, el clero y otros hipócritas y filisteos nos odien con todo su corazón, con toda su mente, con toda su alma y con todas sus fuerzas todo el tiempo, podemos comprenderlo fácilmente.

Pero parece antinatural que a cada paso nos encontremos con una hostilidad fanática dentro del movimiento obrero, acompañada de una estupidez obstinada. El mayor obstáculo para el anarquismo entre los socialistas no anarquistas, que causa gran parte de la discordia, es el «contrato libre». Sin embargo, no hace falta situarse en un mundo diferente -ni en Marte ni en Utopía- para ver cómo funcionaría el contrato libre. Tomemos, por ejemplo, la Unión Postal Internacional. Las organizaciones postales nacionales se adhieren por voluntad propia y pueden retirarse del mismo modo. Estas partes contratantes acuerdan lo que se prestarán mutuamente, con el fin de lograr un servicio de la mayor practicidad y eficiencia. El derecho internacional carece de precedentes para obligar a llevar a un infractor ante los tribunales.

Sin embargo, el «contrato libre» funciona, porque, dado que todo incumplimiento de una promesa conlleva un perjuicio para el incumplidor, a cada parte contratante le interesa no violar el contrato. Si surgen irregularidades, las conferencias acuerdan ajustes. Esta institución, modelo de libre asociación, no es un ejemplo aislado. Personas que tie-

nen poco más en común forman grupos, patronatos y mancomunidades -- organizaciones musicales, gimnásticas, comerciales, protectoras, educativas y políticas; y asociaciones para el progreso de las artes y las ciencias -- en todos los países, a pesar de la naturaleza contradictoria de las partes, y a pesar de que éstas no pueden ser obligadas a cumplir los acuerdos. Todo lo que se hace en estos acuerdos se hace por la ventaja que supone para cada miembro.

Es absurda la afirmación de que estas organizaciones no podrían funcionar sin el control de un poder supremo. De hecho, siempre y dondequiera que el gobierno ha interferido, ha perturbado y obstruido las organizaciones. Además, allí donde se produce este tipo de intervención, las organizaciones agitan con suprema energía por su abolición.

En una sociedad de libres e iguales sólo puede existir el contrato libre; la cooperación por la fuerza viola la libertad y la igualdad. Lo esencial de la cuestión es si, en una sociedad del futuro, las distintas organizaciones (creadas y que funcionan según contratos libres) han de ser centralizadas o de carácter federal. Estamos a favor del federalismo como algo necesario y correcto, porque la experiencia nos ha enseñado que la centralización debe acabar en una monstruosa acumulación de poder total en unas pocas manos; la centralización provoca el abuso de poder, el dominio de unos pocos y la pérdida de libertad de muchos. Además, no vemos nada útil ni necesario en la centralización. Si esperamos e incluso suponemos que la cuestión social se resolverá mediante el comunismo, y no en tal o cual país sino en el mundo, cualquier idea de centralización debe ser una monstruosidad. Pensemos en una comisión central de panaderos, reunida en Washington, prescribiendo a los panaderos de Pekín y Melbourne el tamaño y la cantidad de los panecillos que deben hornear.

Como los pueblos del futuro no serán tontos anticuados, no caerán en semejantes tonterías. Regularán sus asuntos según les enseñen la práctica y la experiencia. El objeto miope. Dicen que ahora se disfruta de libertad en los asuntos económicos, y como el gobierno no interfiere, la libertad ha causado abusos. Aceptamos este argumento de nuestros enemigos y con él les enseñamos algo mejor. Es decir, la libertad económica abusada por la propiedad privada ha creado la cuestión social. La propiedad privada, custodiada

por el Estado, explota cada vez más a los pobres; y los pobres utilizan cada vez menos lo que producen. Si el gobierno no mantuviera incondicionalmente esta estafa, las masas no la sufrirían.

Sí, el Estado es el poder organizado de la propiedad. Por lo tanto, los desposeídos deben destruir el Estado, eliminar la propiedad privada y establecer la propiedad en común.

El comunismo, contrariamente a la tradición liberal-burguesa, no necesita del Estado para alcanzar su libertad e igualdad. El comunismo encuentra la fuerza del Estado perturbadora y restrictiva.

Ahora llegamos a la principal objeción contra el comunismo, que en él el individuo se entrega al todo y no tiene existencia propia, un pensamiento apto para espantar a los personajes originales y asustar incluso a los filisteos comunes sin individualidad que perder. No tenemos más que repetirlo: sólo bajo el comunismo el individuo llega a ser él mismo y lleva su propia vida. Por el contrario, ¿el anarquismo aísla a las personas y disuelve la sociedad? No. Nuestros debates lo demuestran que: el individuo se desarrolla plenamente en el sistema de propiedad en común. El anarquismo tampoco prohíbe la cooperación de algunos, muchos o todos -lo que sea deseable- para la consecución de objetivos comunes.

Sobre todo, ¿qué socialista, sin sonrojarse de vergüenza, sostiene que no es revolucionario? Nosotros decimos: ¡ninguno!

Y el revolucionario es partidario de la propaganda por el hecho. Si bien hemos sostenido que un hecho puede hacer más propaganda que cientos de discursos, miles de artículos y decenas de miles de panfletos, hemos sostenido que un acto arbitrario de violencia no tendrá necesariamente ese efecto.

En resumen, la propaganda por el hecho no se ha convertido en nuestro caballo de batalla, en el que cabalgamos des-cuidando otras propagandas. Si por un lado no albergamos la ilusión de que todo el proletariado debe ser iluminado antes de que pueda ser llamado a la batalla, por el otro no dudamos de que debe producirse tanta iluminación como sea posible con la agitación oral e impresa.

Afortunadamente, ningún país ha sido más adecuado para la agitación anarquista que la América actual. Aquí nadie quiere seguir experimentando con el Estado popular. Ha pasado más de un siglo; ha experimentado el fiasco más profundo [la guerra civil]; y más vale que los futuros estadistas aprendan la lección. Quien mire a Estados Unidos lo verá: el barco está impulsado por la estupidez, la corrupción o los prejuicios. Hace tiempo que el gobierno repugna a las naturalezas nobles e inteligentes; evitan votar; y son, aunque no lo sepan, anarquistas.

El observador perspicaz, el de carácter recto y el pensador independiente ven en el Estado del pueblo una burda superstición y están dispuestos a escuchar a los anarquistas. Por último, se diga lo que se diga, esto es seguro: el bienestar de la humanidad, que el futuro puede traer y traerá, reside en el comunismo. Éste excluye de manera lógica toda autoridad y servidumbre, y por lo tanto equivale a la anarquía. El camino hacia la meta es la revolución social. Mediante una acción enérgica, implacable e internacional, destruirá el dominio de clase y establecerá una sociedad libre basada en la organización cooperativa de la producción. ¡Viva la revolución social!

Johann Most - 1889



Johann Most, una breve semblanza

Most nació en Ausburgo [Austria] en 1846, como hijo natural de un empleado empobrecido y un ama de llaves, siendo educado por una madrastra que lo maltrataba. A los trece años tuvo que someterse a una operación facial que le dejó secuelas para siempre, deformando su mandíbula inferior, por lo cual llevó siempre una barba larga y densa.

Most en sus fragmentarias memorias recuerda su paso por la escuela, no guardando un buen recuerdo, contando que era un lugar sórdido donde imperaba un clima de violencia e intolerancia por parte de los maestros sobre los niños. A la edad de doce años, en 1858, organizó una huelga en la escuela para oponerse a estos comportamientos tan crueles, lo que le ocasionó su expulsión. Viéndose en la necesidad trabajar, entra como aprendiz de encuadernador en un taller de libros, siendo explotado laboralmente con jornadas de trabajo exhaustivas y además obligado a realizar trabajos domésticos para su patrón. Esto no era un caso extraordinario ya que las condiciones de los aprendices eran similares en todos los oficios.

La única distracción que tenía Most era el teatro, los domingos asistía a representaciones (colándose si podía), y disfrutaba viéndolas e imaginándose a sí mismo como actor. Esta afición por el teatro le acompañaría toda su vida.

Por estos días tuvo lugar su primer arresto. En Baviera era obligatorio para los aprendices la asistencia a la iglesia y el cumplimiento de sus preceptos, ante la actitud de Johann, la policía lo arrestó durante 24 horas.

En años de peregrinaje recorrió Alemania, Austria, Hungría, Italia y Suiza. En 1867, en Suiza, se unió a la Primera Internacional; en 1868, al Movimiento Obrero Socialista Austriaco. Su vocación lo llevó a estar pronto en contacto con impresores legales e ilegales, en cuyas manos estaba entonces la propaganda. La historia de sus aprehensiones y penas de cárcel llenaría toda una página. En julio de 1870

fue procesado en Viena por el delito de alta traición; la sentencia fue de cinco años de dura cárcel. Pero en febrero del año siguiente fue puesto en libertad por una amnistía y desterrado; pasó a Alemania entrando en el Partido Obrero Socialdemócrata. Por primera vez dirigió un periódico propio, la *Chemnitzer Freie Presse* (Prensa Libre de Chemnitz) y por primera vez también dirigió una acción política, la huelga de trabajadores de la metalurgia de Sajonia, en otoño de 1871. La *Freie Presse*, como todas las publicaciones que editó Most, fue prohibida muchas veces, y Most tuvo que dejar Chemnitz en 1873. Un año después fue elegido por primera vez para el Reichstag, y en 1877 fue elegido para el mismo cometido por segunda vez. Tomó además en estos años la redacción del *Suddeutsche Volksstimme* (La voz del pueblo de Alemania del Sur), de Maguncia, y más tarde la de *Berliner Freie Presse* (Prensa Libre de Berlín). Most no había nacido para funcionario parlamentario. Sus puntos de vista políticos y su temperamento ardiente le acarrearón siempre nuevas persecuciones. La inmunidad de que gozaba como diputado le valió de poco. En un discurso conmemorativo de la Comuna de París fue condenado de nuevo por delito de *lesa majestad* y de blasfemia contra Dios -por ataques violentos y cínicos contra el patriotismo y la religión- a veintiséis meses de prisión. Durante esta detención escribió dos libros: *Die Bastille am Plötzensee. Blätter aus meinem Gefängnis-Tagebuch* (1876) (La Bastilla de Plotzensee. Hojas de mi diario de prisión) y *Proletarier-Liederbuch* (Cancionero de los proletarios), la cual tuvo muchas ediciones.

En febrero de 1871 tuvo lugar un cambio de Gobierno, y el nuevo decretó una amnistía general para los presos. Los condenados por “Alta Traición” son recibidos con gran entusiasmo por los compañeros a su salida, se celebra un mitin multitudinario y Most es elegido para intervenir en un viaje de propaganda por toda Austria que se va a desarrollar con gran provecho.

A su regreso a Viena, la policía le comunica que se va a proceder a su expulsión del país como “extranjero molesto” y pese a las protestas que se suscitan, la orden se ejecuta y es expulsado el 2 de mayo de 1871.

Vuelve a Baviera, pero se encuentra con una situación social poco alentadora, existe una fuerte represión gubernamental.

mental y además luchas internas dentro de la socialdemocracia. Se dirige a Leipzig y contacta con Liebknecht y Bebel; desde allí marcha a Chemnitz donde es el orador principal en un mitin multitudinario. Esta intervención le va a acarrear la prohibición gubernamental de intervenir en todo acto público en Sajonia.

Su ateísmo había hecho mella en el carácter religioso de la clase obrera, en especial desde que, muy en contra de la línea del Partido, había fomentado que las masas se retiraran de las iglesias de los pueblos. Cuando en octubre de 1878 fue emitida la ley contra los socialistas, fue desterrado inmediatamente de Berlín y tuvo que emigrar, refugiándose en Francia; pero en 1879 fue arrojado por *extranjero indeseable*. Inglaterra era todavía entonces lo que, tanto después como antes, se cree que es: un país de tradiciones liberales; así que Most pasó a Londres.

Naturalmente, tampoco allí tuvo mucho periodo de tranquilidad. Inmediatamente fundó su propio periódico *Freiheit* (Libertad), en el que cada vez empleaba tonos más radicales. La actitud oportunista de la socialdemocracia alemana había hecho dimitir a la propia junta directiva del Partido, incluso antes de que entrara en vigor la ley contra los socialistas. Toda una serie de diputados y otros funcionarios capitularon inmediatamente ante Bismarck. Por ningún lado se vislumbraba una línea clara y no era posible pensar en una directriz decidida. A todo esto se unió el terror brutal que la policía alemana practicaba contra todo movimiento obrero organizado. En estas circunstancias es comprensible que surgieran en Alemania pequeños grupos militantes que rechazaran toda política parlamentaria y abogaran por la acción directa. La única base ideológica de que disponían esos grupos era el anarquismo, el cual representaba un gran papel en el movimiento obrero internacional, en especial en Francia, Italia y España. *Freiheit* pasó a ser portavoz de los grupos radicales de Alemania, y Most se convirtió en anarquista.

En 1880, el Congreso de Wyden lo expulsó de la socialdemocracia. También puso cada vez más nerviosa a la justicia inglesa y pronto fue palpable que la libertad de prensa británica tenía sus límites. Tras el atentado fatal contra el zar Alejandro II, abrió Most su periódico con un encabezado gigante que constaba de una sola palabra impresa en color

rojo: ¡Finalmente! A continuación escribía: *Lo que se ha de lamentar de todas maneras es sólo la rareza del llamado tiranicidio. Si cada mes cayera un canalla coronado, en breve a nadie le gustaría seguir haciendo el papel de monarca.* Dieciséis meses de prisión fueron la respuesta a estas afirmaciones. A su puesta en libertad no pudo seguir en Londres y en 1882 se embarcó para Norteamérica.

El clima social que allí encontró era muy diferente del europeo. La lucha de clases en los Estados Unidos se desenvolvía con frecuencia en formas violentas; era cotidiano ver que los obreros se enfrentaran a la policía y a los golpeadores a sueldo de los empresarios (los *Pinkerton*), culminando muchas veces estas confrontaciones brutal represión y asesinatos.

La influencia de los anarquistas era cuantiosa debido a la fuerte inmigración de franceses, italianos y rusos.

Most en un momento dispuso todo para poder reeditar su periódico en América, lográndolo. Most desde sus páginas fomentaba el establecimiento de una unión práctica de los socialistas revolucionarios y los anarquistas, y con esta doctrina en octubre de 1883 en Pittsburgh se celebró un congreso. Se concretó una declaración de principios denominada *Proclama de Pittsburgh*, donde se proponía que los medios de producción sean de propiedad social y que el producto del trabajo repercuta en su productor. También se denuncia que la consecución de este desarrollo social se ve obstaculizado por las organizaciones políticas existentes, simples ejecutoras de los deseos del Capital, por medio del Estado, garante de los privilegios de las clases poseedoras y ayudado por las Iglesias que con sus enseñanzas y sus doctrinas tratan de mantener al pueblo en la ignorancia y en la docilidad.

«Los trabajadores no deben esperar ayuda de nadie, su liberación la obtendrán por ellos mismos, no deben esperar nada de las urnas electorales, ya que las instituciones políticas son solo instrumentos de los poderosos para su perpetuación. De la misma manera que estas clases privilegiadas no están dispuestas a ceder nada de ningún modo y manera, no queda otra alternativa a los trabajadores que arrancárselos violentamente. Esta es una necesidad universal y por esto es una necesidad la fraternización de los pueblos tal como se expresa en la AIT».

Los años ochenta eran una especie de años de fundación para el movimiento obrero americano. En plena efervescencia sindicalista, la importancia histórica de los grupos que se estaban constituyendo hacía que no pasaran inadvertidos. Most participó activamente en esa labor organizativa, involucrándose en la fundación de la *Internacional Working People's Association*, que tuvo lugar en Chicago en 1883.

El Partido Socialista oficial, con sus jefes a la cabeza, olvidando al enemigo capitalista se dedicó a atacar a la nueva organización, pero sus esfuerzos fueron vanos y contraproducentes, ya que les supuso la casi desaparición del Partido por la imagen que ofrecieron a los trabajadores.

Durante este tiempo *Freiheit* contaba con un considerable número de lectores en EE UU, pero no olvidaba a los de Alemania y de otros países europeos y por ello se hacían ediciones especiales con artículos e informes, considerados los más importantes, y destinados preferentemente a los trabajadores en Europa. Estos números especiales se mandaban a direcciones de compañeros en Londres y desde allí se trataba de introducirlos en el Continente. Un comité se ocupaba de organizar esta difusión del periódico y de cobrar las recaudaciones, pero el dinero que se recibía de Europa no bastaba ni para cubrir los gastos de correo y por tanto el mantenimiento financiero de *Freiheit* dependía de lo recaudado en EE UU.

Most escribió y editó también una serie de folletos que tuvieron amplia circulación, se puede destacar *La peste religiosa*, que tuvo una difusión formidable y que llegó a ser traducido a casi todos los idiomas europeos. En el examen de estos escritos se puede apreciar el grado de evolución del pensamiento de Most en relación con el anarquismo.

De igual modo que en la mayoría de los demás países, en EE UU se agudizó la lucha de clases, en especial con el movimiento por las ocho horas de trabajo.

Los posteriores años de agitación laboral culminaron en una jornada de lucha masiva de trabajadores en huelga que tuvo lugar en Chicago el 4 de mayo de 1886, y cuyos sucesos se conocerían en adelante como *las jornadas de mayo de Haymarket Square*, cuando una bomba mató a ocho agentes de policía. Ocho hombres fueron detenidos, siete de los cuales

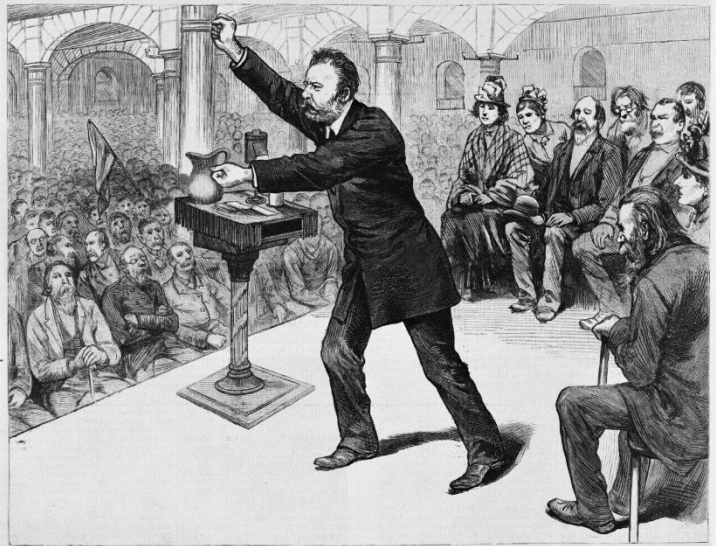
fueron condenados a muerte. Uno de los reclusos se suicidaron, cuatro fueron ahorcados, y los otros tres fueron indultados.

Most inicialmente defendía el anarquismo colectivista tradicional, pero más tarde abrazó el comunismo anarquista. Most era famoso por enunciar el concepto de la *Propaganda por el Hecho* (*Attentat*), él estaba convencido de que: "*El sistema existente será derrocado más rápida y radicalmente mediante la aniquilación de sus exponentes. Por lo tanto, deben ponerse en marcha masacres contra los enemigos del pueblo*".

Posteriormente, Most se involucró más de lleno en las tácticas terroristas revolucionarias. Se encargó de la formación de células de agitadores. En este contexto Most publicó un panfleto en 1885, el cual llevaba por título: «*La ciencia de la guerra revolucionaria: manual de instrucciones sobre el uso y producción de nitroglicerina, dinamita, algodón de pólvora, hidrógeno, mercurio, bombas, incendiarios, venenos, etc*».

En 1902, un artículo le había acarreado dos meses de cárcel pues había escrito que el asesinato del presidente McKinley [a manos del anarquista Leon Czolgosz] no era ningún crimen. El 25 de septiembre es juzgado y condenado a un año por "incitación al asesinato". Se apeló la sentencia y quedó libertad bajo fianza, la cual fue pagada por compañeros y amigos.

En 1906 Most emprende en enero una gira de propaganda y da conferencias en diversas ciudades y pueblos. Llegando a Cincinnati sufre un ataque de erisipela en casa de su compañero Krause, donde se albergaba. Fallece el 17 de marzo, siendo incinerado en el crematorio de dicha ciudad de Ohio el 20 de marzo. Todas las publicaciones alemanas de los Estados Unidos dedicaron obituarios en su honor. El 31 de marzo apareció *Freiheit* en doble formato, dedicado a Most. En el Grand Central Palace se celebró en su honor una grandiosa reunión fúnebre internacional.



NEW YORK CITY.—JOHN MOST, THE ANARCHIST, ADDRESSING A MEETING OF SYMPATHIZERS AT COOPER INSTITUTE, APRIL 5TH.
FROM A SKETCH BY A STAFF ARTIST.—SEE PAGE 135.

Anwerthige Ausgabe
 Adresse à Expédier
Johs Müller, New York, City
 Post Office Box 2115.
 ————
 Preis
 1 Exemplar 2 Cts. 1 Exemplar 10 Cts.
 Gratis Versendungen.

Freiheit.

Korrespondente Ausgabe
 Belg. - Paris
 London, Bruxelles, Amsterdam
 New York 10 et 11
 West Broadway
 St. Louis.
 Preis per Exemplar 2 Cents
 in Casson 4 Cents.

Internationales Organ der Anarchisten deutscher Sprache.

No. 11. 10. Jahrg.

London und New York, 10. März 1888.

Preis 6 Cent.

Zur Erinnerung an die soziale Revolution vom 18. März 1871.

VIVE LA COMMUNE!



Wollt ihr nicht auf den Straßen bei Vertreibung und Verbrechen Jauchens
 erheben — 18. März 1871. — Ihr Feind aller Herrscher. — „Die Idee der Sozialisten“

IN
 DIESEM
 MAIHEFT
 FOLGT
 DIESES
 HEFT
 WIRD BEI WIRTSCHAFTLICHEN
 VERKEHRE
 VERTEILT



Ein Kommando besetzt den 2. April während des blutigen Kampfes auf dem Place de
 Chateaux — 1871.

Arbeiter aller Länder, vergeßt nicht den elften November 1887!

Das Kommando in Orléans.
 J. Grassoben

Wenig ist abgemessen, Genossen! Ihr, meine
 68. Revolution.
 J. Deltat

Die Gewalt ist die Oberherrin über alle
 Gerechtigkeit, sie wird immer wieder kommen.
 R. W. A. L.

Die Idee hat die Welt erschaffen,
 der Gedanke hat sie herbeigeführt.
 J. W. A.



Das Central bei Orléans — die Revolutionäre — wird durch die Revolutionäre in
 den Kampf gezogen — 16. März 1871.

Der Staat ist nicht in einem Jahre
 von sich selbst zerstört.
 J. W. A.

Die Idee der Revolution ist nicht die
 letzte Revolution zu werden.
 J. Grassoben

Die Idee der Revolution ist nicht die
 Revolution zu sein, sie ist die
 Revolution zu sein.
 J. W. A.

Die Idee der Revolution ist nicht die
 Revolution zu sein, sie ist die
 Revolution zu sein.
 J. W. A.

Proletariat der ganzen Welt, vereinigt und bewaffnet Euch!



Das Volk von Paris während der Sozialistischen Revolution
 18. März 1871.

1790.
 18. März
 1848.
 ———
 18. März
 1848.
 ———
 18. März
 1871.
 ———
 18. März
 1881.



Das Volk von Paris während der Sozialistischen Revolution
 18. März 1871.

INDICE

Introducción por Hans Magnus Enzenberger	5
Prefacio a la primera edición	9
I. Mercancía y dinero	11
II. Capital y trabajo	19
III. El fundamento de la producción capitalista	23
IV. La jornada de trabajo	27
V. La división del trabajo	33
VI. La gran industria	39
VII. Resultado del sistema fabril desarrollado	45
VIII. El salario	51
IX. El proceso productivo y acumulativo del capital	57
X. La ley capitalista de población	63
XI. Formas capitalistas para aumentar la población. La pobreza de las masas.	69
XII. Origen del capital moderno	73
XIII. Consideraciones finales	81

Anexos

Anarquismo Comunista	85
Johann Most, una breve semblanza	91



CAPITAL Y TRABAJO corresponde al intento realizado por el anarquista Johann Most de plasmar “en lenguaje popular” el primer tomo de la obra cumbre de Karl Marx: *El Capital*.

Tomando en cuenta la importancia de esa obra, pero sabiendo la escasa preparación con que contaba la clase obrera, Most asumió la apremiante necesidad de sintetizar ese tomo de *El Capital* para volverlo más accesible a la clase trabajadora.

Most logró estructurar un esqueleto del primer tomo de *El Capital* al transcribir párrafos enteros del escrito de Marx, anexando a su vez extractos que eran de propia su autoría.

Aun pese a la polémica que generó en su época a raíz de su publicación; hoy a la distancia de los hechos podemos afirmar que esta obra es un trabajo que se puede considerar un ABC básico y conciso para quien se incursiona por primera vez en el análisis del funcionamiento y la crítica del capitalismo.